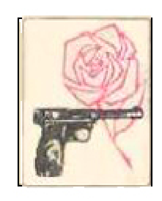


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Soñar en Siberia

Está demostrado que no se puede vivir de sueños, pero siempre hay seres humanos que prefieren los sueños a la realidad que muchas veces se muestra tan cruel. Entonces, hay que elegir: ¿sueños o realidad? Soñar puede ser muy consolador e incluso divertido… siempre y cuando los canallas de turno no intervengan en tus sueños para convertirlos en una cruel y sádica realidad que sólo los beneficia a ellos. Así, los sueños pueden llegar a ser muy dolorosos, de modo especial cuando se ha optado por «soñar en Siberia».



Lou Carrigan

Soñar en Siberia

Brigitte en acción - 445

ePub r1.1
Titivillus 17.12.2017

Lou Carrigan, 1989
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Preludio

El hombre, alto y atlético, saltó ágilmente la tapia del jardín, precisamente cerca de donde estaba la pequeña cancela de entrada formal, y sobre la cual, en un arco de hierro forjado, había dos diminutos tigres dorados de latón.

Parecería más lógico que el hombre hubiera salido del jardín por aquella puerta, pero precisamente allí era donde sus perseguidores esperaban cazarlo, de modo que la eludió. Aun así, estuvo a punto de ser cazado, pues una bala crujió por encima de su cabeza mientras estaba en el aire tras el magnífico salto.

Cayó al otro lado de la tapia, en la acera de aquella céntrica calle de Seúl, y sus zapatos sólidos resonaron fuertemente.

Eran tal vez las dos y media de la madrugada, y la animación había decrecido considerablemente, pese a todos los anuncios koreanos llenos de buena voluntad turística. En cualquier caso, no parecía que el hombre fuese un turista. Mientras corría calle abajo sacó por fin su pistola, provista de silenciador, y se volvió, dispuesto a todo.

Por la pequeña puerta de rejas de hierro salían en aquel momento dos hombres, y enseguida, detrás, todavía otro. Se oían las pisadas del fugitivo, casi sin aliento. Los tres perseguidores lo localizaron enseguida, y sonó la voz gutural de uno de ellos, señalándolo.

El fugitivo disparó un par de veces, sin dejar de correr, y causó cuando menos una pérdida de tiempo a sus perseguidores, que se echaron de bruces al húmedo suelo. El fugitivo no se complicó la vida: continuó corriendo a toda velocidad, alejándose de aquella tapia que ocultaba un recoleto jardín con tecas y crisantemos. Por detrás de él sonaron los chasquidos de los disparos también silenciosos de sus perseguidores. El fugitivo lanzó un grito ahogado, pareció tropezar con algo, y cayó de rodillas.

Por detrás de él sonó de nuevo una voz gutural. El fugitivo, ahora lívido y desencajado el rostro, volvió la cabeza, vio a los tres hombres acercándose, y de nuevo disparó contra ellos. Uno de los perseguidores emitió un chillido, más bien un maullido de dolor y furia, y cayó hacia delante y se deslizó por el suelo dejando un manchurrón de sangre que brotó de su pecho. Los otros dos, de nuevo buscando la protección que significaba ofrecer el menor blanco posible con sus cuerpos, habían vuelto a tirarse al suelo. El fugitivo se puso trabajosamente en pie, y continuó corriendo, aunque ahora ni mucho menos con tanta agilidad.

Oyó perfectamente tras él los apagados chasquidos de los dos disparos.

Plop, plop.

Tuvo la sensación de que recibía un leve mordisco en su pierna derecha, que le falló. Rodó por el suelo, se puso en pie de un salto increíble, y continuó corriendo, apretando los dientes para soportar el dolor y no caer desmayado. Sentía en la espalda algo como un atroz pellizco helado, que le producía escalofríos terribles. Tenía la sensación de que de un momento a otro su cabeza le iba a dar un millón de vueltas.

Ahora sabía perfectamente que ya no podría escapar. El dolor en la espalda y en la pierna le iba a derrotar, sabía que iba a caer de un momento a otro. Y detrás de él todavía llevaba a dos perseguidores que, por supuesto, no se andaban con contemplaciones.

En el mismo momento en que doblaba la esquina de la calle por la que corría vio, a su derecha y algo más abajo, la puerta ornamental de acceso al Palacio Real Duksoo. Es decir, que él se hallaba en Taepyong-Ro, girando para tomar por Utchi-Ro.

La Embajada de los Estados Unidos de América.

Fue como una revelación para el fugitivo.

Se llamaba Leonid Zigel, era ruso, trabajaba como espía para la KGB, y, ciertamente, no les tenía demasiada simpatía a los americanos. Pero la perspectiva de alcanzar la embajada norteamericana era mucho menos mala que la de ser alcanzado por los dos hombres que le perseguían, ambos asiáticos. La súbita buena idea germinada en la mente de Leonid le hizo lanzar una exclamación, y hasta le procuró nuevas energías.

Corriendo, tropezando, dejando un reguero de sangre que sin duda la inminente lluvia borraría muy pronto, Leonid Zigel llegó ante las verjas de entrada al recinto ajardinado de la embajada de Estados Unidos, las cuales, por supuesto, se hallaban cerradas a aquella hora de la noche.

El espía ruso no tuvo la menor duda respecto a lo que tenía que hacer. Se guardó la pistola en la funda axilar, se agarró con fuerza a los barrotes, y escaló a toda prisa las verjas. Se desgarró la ropa y se hizo más sangre con las puntas de lanza del borde, pero, cuando los dos perseguidores, momentáneamente desconcertados al no verlo corriendo por la calle, cayeron en la cuenta de lo que estaba haciendo, ya sólo pudieron ver su silueta cayendo al otro lado de las verjas.

Ya en territorio norteamericano el ruso rebotó dolorosamente, quedó tendido de costado, sintiendo zumbidos en su cabeza y unos fríos intensos que estremecían todo su cuerpo, y oyendo vagamente las pisadas de sus perseguidores. Parpadeó, y pareció que se encendieran ante sus ojos bellas lucecitas de colores. Por entre las rejas, vio a los dos perseguidores. Sacó de nuevo la pistola, disparó, y enseguida soltó una maldición, pese a que había acertado, pues uno de los chinos giró sobre sí mismo como un trompo y cayó de rodillas a un par de metros de las verjas. El otro apuntó con su pistola a Leonid, que yacía a menos de cinco metros. El ruso giró, y la bala rebotó en el suelo con breve tañido vibrante. En sus dolorosos giros, Leonid llegó detrás de unos arbustos, y allí, jadeando, le quitó el silenciador a la pistola. Acto seguido miró por entre los arbustos hacia las verjas, y vio al único perseguidor ileso escalándolas ágilmente.

Le apuntó y disparó por tres veces.

¡Crack, crack, crack!

Cada disparo pareció un cañonazo en el silencio de la noche. El perseguidor que escalaba las verjas gritó, se soltó, y cayó en la acera de costado, gritando de nuevo y rebotando como si fuese de goma. El otro, el que había sido alcanzado antes por el disparo de Leonid, estaba de pie, aunque no muy seguro, y se apresuró a acercarse a su compañero, mientras Leonid seguía disparando, ya sin importarle acertar o no a sus perseguidores, queriendo simplemente hacer ruido, mucho ruido, a fin de atraer gente hacia

él.

En el piso alto de la embajada norteamericana se habían encendido un par de luces. De alguna parte llegaron voces en inglés, y algún grito. Al otro lado de las verjas, los dos perseguidores se tambaleaban, ayudándose uno al otro a mantenerse en pie, y parecían titubear. Leonid Zigel había terminado las balas de su pistola, pero, en aquel momento, se abría la puerta de la embajada norteamericana, y aparecían dos hombres, uno de ellos vestido, el otro en bata. Al mismo tiempo, la luz en el jardín aumentaba, todo quedaba profusamente iluminado.

Los dos perseguidores se apresuraron a desaparecer de escena.

Comenzó a caer una llovizna que muy pronto sería una torrencial lluvia de primavera que limpiaría los bellos jardines de la capital coreana.

Los dos hombres de la embajada vieron a Leonid tendido en el suelo, y corrieron hacia él. Se arrodillaron a su lado, vieron las manchas de sangre, su rostro lívido y desencajado, sus ojos desorbitados.

Leonid tendió sus manos hacia ellos, y jadeó:

—Siberia… Si… beria… Tse-pu…

Capítulo primero

Procedente de Tokio, en un vuelo de la Korean Air Lines, la bellísima pasajera llegó aquella mañana al Aeropuerto Internacional de Kimpo, donde sin problemas de ninguna clase realizó los trámites de llegada al país, y, muy pronto, aparecía en el vestíbulo, portando personalmente una pequeña maleta y un maletín de viaje, forrado de raso negro.

La recién llegada a Corea se llamaba Brigitte Bierrenbach Montfort era periodista, conocida mundialmente como tal, y famosa en lo personal entre otras cosas por haber sido reina en cierta ocasión, y nominada para la presidencia de los Estados Unidos en otra.[1]

Lo que no sabía nadie (o casi nadie) era que, además, aquella encantadora, elegante, bellísima periodista era, además, la agente «Baby» de la CIA, la divina espía, la implacable espía, la más peligrosa espía internacional jamás habida.

Y nadie habría podido pensar semejante cosa de ella viendo su rostro hermoso e inteligente, su frente despejada, su sonrosada boca que parecía presta al beso en cualquier instante, sus grandiosos, bellísimos, maravillosos ojos azules…, que ahora miraban con aparente candidez al hombre rubio que se acercaba a ella en el vestíbulo del aeropuerto.

El hombre llegó ante ella, sonrió ceñudamente, y dijo:

—¿Ha tenido buen viaje?

—Estupendo. Pero me pregunto qué le importa eso a usted, señor…

—Simón —amplió su sonrisa el hombre.

—Ah. Entonces sí debe de importarle —sonrió Brigitte—. Bueno, estoy a su disposición.

—Ojalá —exclamó el agente de la CIA en Seúl, poniendo los ojos en blanco.

Brigitte rió.

El rubio espía tomó su maleta, y ambos salieron al estacionamiento, del cual se alejaban en automóvil poco después, en dirección a Seúl. Con toda naturalidad, la señorita Montfort abrió el maletín, sacó una peluca rubia, y se la puso rápida y hábilmente. Acto seguido, se puso unos lentes de gruesa montura, y luego, tras quitarse su elegante abrigo de entretiempo, se puso un impermeable práctico y discreto. Con tan poca cosa, la señorita Montfort cambió su aspecto de modo convincente; cerró el maletín, y, junto con el abrigo, lo pasó al asiento de atrás, encima de la maleta.

—Se me terminaron los cigarrillos —dijo.

Simón le ofreció un paquete de Winston, que ella aceptó sonriendo. Encendió dos, se quedó con uno, y puso el otro en los labios de su compañero de espionaje.

—¿Seguimos igual? —preguntó.

—Seguimos igual —asintió Simón—. No hemos averiguado nada más. Es decir, sabemos lo que es Tse-pu, pero supongo que eso ya se lo habrán explicado a usted durante el viaje o antes de salir de casa.

—Sí. Al parecer Tse-pu es un conjunto de claves o radicales de términos de palabras chinas de donde parten todos los demás términos que se utilizan en los diccionarios, en un número de 214. ¿Correcto?

—Sí… Más o menos.

—¿Más o menos?

—Bueno, la cosa puede explicarse de modo más completo, o si lo prefiere, más complicado. Sí, dicho en términos sencillos eso es lo que significa Tse-pu: los elementos radicales usados en los diccionarios chinos. Mientras usted ha estado viajando hacia aquí, en la Central algunos analistas especialistas en asuntos chinos han estado analizando qué podría indicar, además, la palabra Tse-pu, pero hasta el momento no le han encontrado ningún otro significado. Si lo consiguen nos enviarán el informe.

—Está bien. Pero sí tenemos bien claro y seguro que el hombre que llegó a la embajada es ruso.

—Segurísimo. Le conocíamos bastante bien. Ya sabe: nos vemos, nos ignoramos mutuamente, de cuando en cuando nos vigilamos… Sí, era un agente de la KGB, sin la menor duda, y su nombre era

Leonid Zigel. No era mal muchacho.

—Apuesto a que no —sonrió ceñudamente Brigitte—… Al parecer lo mataron los chinos, ¿no?

—Alto ahí —la miró un instante Simón—: eso es lo que hemos deducido nosotros, precisamente al haber mencionado él la palabra Tse-pu…, pero también la mencionó a usted y a la CIA, y ni usted ni ninguno de nosotros lo matamos.

—Tiene razón —murmuró Brigitte—… ¿Seguro que me mencionó a mí?

—Segurísimo. El secretario del embajador lo entendió perfectamente. Si no hubiese mencionado a la CIA tal vez no habríamos atinado a entenderlo, pero si un ruso menciona a la CIA y a Baby la cosa está clara: el ruso quería que la avisáramos a usted.

—Y no dijo nada más.

—Nada más. Textualmente, dijo: «Siberia… Si… beria… Tse-pu… Ba… by… avisen… CIA…». El secretario se lo apuntó enseguida, apenas entraron en la embajada el cadáver de Zigel.

—O sea, que no pudo decir nada más y murió enseguida.

—Sí.

—¿Lo saben sus camaradas, han hecho o dicho algo?

—Los rusos no saben nada. Puede que si se han enterado de que hace tres noches hubo disparos en la embajada de los Estados Unidos sospechen algo, pero si es así no lo manifiestan, ni han pedido explicaciones. Eso sí, aunque muy discretamente, están buscando a Leonid Zigel por toda Seúl y sus alrededores.

—¿Hay algún conflicto estos días entre chinos y rusos?

—Nada especial. Lo de siempre, al menos que nosotros sepamos. No hay indicios de que las cosas estén peor que habitualmente.

—Entonces tal vez no fueron los chinos quienes mataron a nuestro colega Zigel.

—Tal vez.

—¿Y qué me dice de Siberia?

—¿De Siberia? —Se pasmó Simón—. ¿A qué se refiere?

—A Siberia. Zigel la mencionó, ¿no es así? Sería por algo. ¿Qué es lo que está ocurriendo en Siberia?

A Simón casi se le cayó el cigarrillo de los labios.

—¿Usted quiere que la informemos de lo que está ocurriendo en TODA Siberia? —exclamó.

—Si Zigel la mencionó debe de estar ocurriendo algo, ¿no?

—¡Uffff! Madre mía, ¡Siberia! Escuche, son quince millones de kilómetros cuadrados… ¡Nadie, ni siquiera los rusos, y ni siquiera los propios siberianos pueden saber todo lo que está sucediendo en TODA Siberia!

—Comprendo eso —se resignó Brigitte—. Bueno, tenemos que Zigel mencionó los Tse-pu, sobre lo cual están trabajando en la Central nuestros expertos en el idioma chino; y tenemos que Zigel mencionó Siberia, así que tendremos que interesarnos por ese… lugar.

—¡Je! Mire, sin ánimo de ser irrespetuoso le diré que ahí se puede extraviar hasta el mismísimo Dios.

—Y tenemos que un agente de la KGB salta las verjas de la embajada norteamericana en Seúl, y, evidentemente, sabiendo que va a morir, pide que yo sea avisada. ¿Qué interpretación podemos dar a esto?

—No nos atrevemos a hacer ninguna conjetura, y ello porque las posibilidades son muchas. Podría ser que Zigel fuera perseguido por enemigos de él, y al ver nuestra embajada la prefirió a quienes le perseguían; podría ser que él hubiera traicionado a sus camaradas y quisiera pasarse a nosotros para informarnos de algo que se está tramando en Siberia; podría ser que llegase a la embajada casualmente; podría ser que se dirigiera deliberadamente a ella y por el camino le dispararon…

—Sin embargo —murmuró la divina espía—, hay una cosa cierta: si un espía ruso que viene a morir en una embajada norteamericana pide que Baby sea informada de lo que sea es porque no teme que lo que Baby descubra pueda perjudicar a Rusia. Es más, yo diría, dejando de lado una modestia que no tiene objeto, que nuestro colega Leonid Zigel quiso asegurarse que el asunto que él había empezado lo iba a… heredar un espía en el que él confiaba ciegamente, se entiende que en el aspecto profesional. Digamos que pensó que si yo intervenía terminaría el asunto, fuese el que fuese y por pocos datos que tuviera al principio. ¿Le parece aceptable esto, Simón?

—Por completo.

—Así pues, lo que sea que esté ocurriendo en Siberia no puede ser nada que pueda reprochársele a los rusos. En cambio, es algo

que Zigel quería que fuese descubierto, y quiso asegurarse de esto involucrándome a mí.

—Bueno —sonrió Simón—, está claro que los rusos hace tiempo que aceptaron su supremacía absoluta en el espionaje, Baby.

—Sí, parece que está claro. Pero la verdad pura y simple es que no tengo absolutamente ninguna pista para seguir la labor que al parecer me legó Leonid Zigel.

—Tal vez tenga éxito el plan que usted misma propuso en cuanto se enteró de los hechos.

Brigitte Montfort hizo un gesto de incredulidad. En cuanto se le informó de que un agente ruso había fallecido en Seúl pronunciando su nombre decidió dos cosas. Una: trasladarse cuanto antes a Seúl. Dos: que se procediera a simular, con todo el realismo posible, que el ruso Zigel estaba todavía vivo, si bien gravemente herido, dentro de la embajada norteamericana. Éste era un recurso viejo, absolutamente caduco, pero sencillamente no se disponía de ningún otro: confiar en que quienes habían disparado contra Zigel insistieran en matarlo si lo creían vivo dentro de la embajada yanqui.

No tenían nada más. Y con esta remota esperanza en el caduco subterfugio, Brigitte se había trasladado a Seúl, donde, de modo ladino, se había deslizado la información de que una doctora norteamericana, especialista en neurocirugía, iba a llegar de un momento a otro a la embajada de los Estados Unidos para atender un asunto importantísimo sobre el cual sí se había conseguido guardar el secreto.

¿Qué podían pensar al respecto las personas que habían matado a Leonid Zigel? Sólo una cosa: que el ruso continuaba vivo, y que los americanos no reparaban en medios para salvarle la vida…, con lo cual, estaba bien claro, terminarían por enterarse de todo lo que Zigel, por su parte, sabía respecto a Siberia y los Tse-pu.

De modo que tal vez intentaran entrar en la embajada y rematar a Zigel…, en cuyo caso, naturalmente, se iban a encontrar metidos en una trampa de la que no iban a poder salir.

O tal vez intentasen cualquier otra cosa, en cuyo caso había que darles las máximas facilidades…

—¿Qué me dice de sus objetos personales?

—¿De los de Zigel?

—Sí. ¿Qué llevaba encima?

—Nada que a nosotros nos haya servido para obtener datos aclaratorios. Tenemos todas sus pertenencias a su disposición en la Embajada. Ah, por cierto, ya estamos llegando al lugar donde le está esperando el secretario, escondido desde ayer. Como no se podría demostrar que la doctora Henrietta Palmer hubiera llegado a Seúl en vuelo regular, pues no consta en ninguna lista de pasajeros, todo indicará a nuestros colegas que usted ha llegado a Corea digamos por medios… poco usuales y puesta en manos del personal diplomático. Y todo ello, claro está, sin que usted sufra molestias de ninguna clase debido a las buenas relaciones entre la CIA y la KCIA.

—Es curioso esto, ¿verdad? —sonrió Brigitte—. Yo creo que los coreanos deberían haber buscado otro nombre a su servicio de espionaje, y no el mismo que nosotros.

—Pero le han añadido la palabra Korean —sonrió también Simón—. No es lo mismo la Central Intelligence Agency americana que la Korean Central Intelligence Agency. Bien, dentro de poco abandonaremos la autopista, y la pondré en manos de personal diplomático que la llevará a la Embajada, donde, si lo desea, podrá teñirse el cabello: es más práctico que ir con peluca, que puede caerse.

—¡No a mí! —rió Brigitte—. Pero tiene razón, una vez en la Embajada me ocuparé de completar y perfeccionar mi disfraz. No se preocupe por eso.

—Le aseguro que no siento la menor preocupación. Si un espía ruso confía ciegamente en usted, ¡imagínese yo, que soy uno de sus Simones, uno de sus más rendidos siervos y admiradores! ¡Y no sólo por su belleza!

* * *

Las fotografías estaban sobre la mesa. En todas ellas aparecía la hermosa mujer rubia ataviada con un impermeable. Habían sido tomadas con teleobjetivo, pero especialmente en dos de ellas se apreciaba claramente que la doctora Henrietta Palmer, depositada en la embajada norteamericana bajo el control y los buenos servicios de tolerancia de la KCIA, era una mujer de cuerpo espléndido y rostro muy bello, incluso pese a las gafas de gruesa

montura.

El hombre que contemplaba pensativamente las fotografías también llevaba gafas, para compensar su leve astigmatismo. Por lo demás, era un ejemplar magnífico, sorprendente y hasta exótico. Medía más de metro ochenta, era atlético, de rostro viril y atractivo, suavizado por el marco de sus largos cabellos lacios que le daban un cierto aspecto amable, incluso poético. Calzaba gruesas y sólidas botas, pantalones de fuerte paño, grueso jersey, y chaquetón de piel. Se llamaba Turjik Shado, y había nacido treinta y cuatro años antes en cierto lugar de Siberia.

—Es una bella mujer —murmuró por fin el siberiano.

—Sí que lo es, Turjik —dijo uno de los dos hombres que estaban de pie ante él respetuosamente, al otro lado de la mesa—… Es muy bella, y alta y espléndida. Y parece muy inteligente.

Turjik Shado no conseguía apartar la mirada de las fotografías de la doctora norteamericana llamada Henrietta Palmer, que sin duda parecía… y debía de ser muy inteligente. Y profesionalmente debía de ser muy eficaz, pues de otro modo los americanos no la habrían enviado a ella para salvar la vida al maldito ruso.

Los malditos americanos. ¡Qué jugada había hecho el ruso al meterse en su embajada! Tal vez los americanos no consiguieran salvarle la vida, pero lo estaban intentando por todos los medios. No sólo habían hecho venir a la doctora Palmer desde los Estados Unidos, sino que habían conseguido que la KCIA les proporcionara equipo e instrumental quirúrgico, procedente del Centro Médico Nacional Koreano, que había sido instalado dentro de la embajada de los Estados Unidos. Es decir, que la recién llegada doctora Palmer lo iba a encontrar todo preparado para seguir luchando por la vida del agente soviético.

Y aunque quizá no salvaran su vida cabía el riesgo de que pudieran prolongarla lo suficiente para que el herido dijera lo que sin duda había oído en la casa de Kio Tsu en la propia Seúl…

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó uno de los hombres, en vista del prolongado silencio de Turjik Shado—. Tal vez deberíamos matar a la doctora.

Turjik lo miró vivamente, y exclamó:

—¡Ni se te ocurra!

—Es que ya se me ha ocurrido —sonrió el hombre.

—Pues olvídalo.

—Bulba Khan nos ha enviado a Seúl para que solucionemos el asunto pronto y bien. Tú nos mandas a nosotros, pero él manda en ti, Turjik.

Éste miró de uno a otro hombre. Los dos tenían una estatura que sobrepasaba el metro noventa, eran fuertes como osos y fieles como perros. Pero no eran demasiado inteligentes, había que admitir eso. No, ciertamente, ni Otoj ni Kenyi se distinguirían jamás por su inteligencia. Eran dos montañas de músculos con dos guisantes por cerebro.

—Matar a la doctora quizá fuese relativamente fácil —dijo con voz sosegada Turjik—. Pero esto no es Siberia. En una hora los americanos podrían tener otro médico llegado en avión desde Japón o cualquier otro sitio. Incluso podrían recurrir, finalmente, a médicos coreanos. No. La vida de la doctora Palmer no nos interesa: nos interesa, en cambio, la vida de ese ruso llamado Zigel. Pero sobre todo, nos interesa saber si él ha podido decir algo…, y qué ha dicho. Si no ha dicho nada, si muere sin decir nada, todo el asunto dejará de interesarnos. Pero si ha dicho algo tenemos que saber qué ha dicho, ya que según lo que haya dicho tampoco tendríamos por qué preocuparnos ni complicarnos la vida con asesinatos.

—Ya sabemos que tú no eres partidario de esas cosas —deslizó Otoj—. Pero podríamos encargar de ello a Kio Tsu y sus hombres.

—Kio Tsu y sus hombres ya han hecho suficiente proporcionándonos estas fotografías y los informes respecto a cómo están las cosas. Ahora debemos dejar quieto a Kio Tsu y sus hombres, pues no olvidemos que precisamente la complicación ha surgido en torno a ellos. Ni se me ocurre por qué el ruso lo estaba vigilando, pero quizá sea porque los rusos están sospechando algo…, de modo que dejaremos quieto a Kio Tsu. Lo que sea, tenemos que hacerlo nosotros solos.

—Pues yo diría que no es nada fácil entrar en la embajada americana y enterarnos de qué ha dicho Zigel, si es que ha dicho algo —refunfuñó el gigantesco Kenyi.

—Debe de estar llena de agentes de la CIA —añadió el no menos gigantesco Otoj.

Turjik asintió pensativamente. Por supuesto que la CIA debía de haber tomado sus medidas en torno al asunto. Sin la menor duda

debían de saber con anterioridad quién era Zigel, y si no lo sabían ya se habrían enterado después de tres días de tenerlo en la embajada. Sí, por supuesto que la CIA debía de haber tendido sus dispositivos de seguridad en torno a la embajada.

—Hay una cosa en la que no hemos pensado —murmuró de pronto Turjik Shado, mirando a sus amigos, con burlona expresión —. Mejor dicho, vosotros no habéis pensado en ella. Yo sí.

—¿Qué cosa, Turjik? —se interesó Kenyi.

Una sonrisa de lo más simpática y virilmente atractiva apareció en el exótico rostro de trazos mongoles de Turjik Shado.

—Que tal vez —replicó despaciosamente— el ruso Zigel esté muerto y más que muerto, y que sólo esté vivo en la imaginación de quienes siempre quieren ser más listos que el prójimo.

Capítulo II

Cuarenta y ocho horas más tarde la doctora Palmer salió de la embajada de los Estados Unidos de América, en un coche conducido por un hombre joven y de aspecto simpático que parecía tener grandes deseos de reír. Oculto dentro del coche que Kio Tsu le había proporcionado, Turjik Shado vio el destello de los rubios cabellos, y se inclinó hacia delante para tocar a Otoj en un hombro.

—Arranca —dijo.

El gigante, que estaba mirando embelesado un cómic de trepidantes aventuras del Hombre-Mosca, regresó aturdido a la realidad.

—¿Qué?

—¡Que sigas a la doctora! ¡Va en ese coche negro que conduce un hombre!

Otoj reaccionó. Vaya, le había tocado a él. Kenyi debía de estar durmiendo tranquilamente en el apartamento, y a él le había tocado estar de turno cuando, por fin, la doctora Palmer se decidía a salir de la embajada.

Pero no fue muy lejos. El automóvil negro de matrícula diplomática americana circuló en todo momento por la misma avenida donde se hallaba la embajada, esto es, por Utchi-Ro, en dirección al Estadio Seúl. Mas no llegó a éste, sino que antes dobló a la izquierda y entró en el recinto del Centro Médico Nacional. Bajo las instrucciones de Turjik, Otoj pasó lentamente por delante de la entrada al Centro Médico, y unos diez metros más allá se detuvo. Turjik se apeó rápidamente, diciendo:

—Espérame frente al estadio.

Sin esperar respuesta entró a pie en el Centro Médico.

El automóvil americano se detenía frente al cuerpo central del edificio. La doctora Palmer se apeó, y entró en el edificio. El hombre que conducía el coche dirigió éste al estacionamiento, paró

el motor, y encendió un cigarrillo. Turjik se dedicó a contemplar las flores del jardín, como fascinado, convertido en una estatua.

La doctora Palmer tardó poco más de diez minutos en salir del Centro Médico, llevando ahora en las manos un paquetito, que Turjik clasificó como medicamentos o sedantes. La doctora Palmer fue al coche donde la esperaba el sujeto simpático, se metió dentro, y el coche partió, abandonando el recinto y emprendiendo el regreso a la embajada, pero no por Utchi-Ro, sino girando a la izquierda al salir del Centro Médico, pasando frente al Estadio Seúl, y alcanzando la avenida de arriba paralela a Utchi-Ro, que era la Carretera Samil, por la cual llegaron hasta el cruce con Namdaemun-Ro, descendieron por ésta hasta alcanzar de nuevo Utchi-Ro, y entraron en la embajada americana.

El coche que conducía Otoj sin dejar de maldecir continuamente en uno de los dialectos siberianos más expresivos pasó por delante de la embajada y se detuvo finalmente en un sitio aceptablemente alejado.

—No te pares aquí —dijo irritado Turjik—. Desde aquí no vemos nada. Vuelve al sitio de antes.

—Hay otro coche estacionado allí ahora —señaló Otoj.

—Pues te pones en doble fila. ¡Vuelve allí!

Otoj lanzó otra pintoresca maldición, y condujo hasta el lugar indicado. Turjik todavía pudo ver a la doctora Palmer y al hombre que la había acompañado, conversando ahora ambos fuera del coche. El hombre señalaba su reloj de pulsera, y la doctora asentía, sonriente. La doctora Palmer entró en el edificio de la embajada. El hombre volvió al coche, y salió de nuevo a Utchi-Ro.

—¿Lo sigo? —preguntó Otoj.

—No. Ha quedado citado con la doctora. Volverá a buscarla.

—¿Cómo lo sabes?

Turjik se resignó a la torpeza mental de su compañero, más bien un criado que Bulba Khan había puesto a sus órdenes y servicio antes de enviarlo desde Siberia a resolver aquel problema, del cual había sido advertido por Kio Tsu. ¡El maldito Kio Tsu, que se las daba de gran espía y no era más que un desgraciado!

—Deberíamos seguir al americano, Turjik.

—Cállate.

El americano regresó alrededor de cincuenta minutos más tarde,

dejó el coche frente a la puerta de la embajada, y entró en ésta, mirando su reloj de pulsera. Diez minutos más tarde, esto es, ya casi las siete y media de la tarde, salía de nuevo, acompañado por la doctora Palmer, que se había cambiado de ropa, y llevaba un encantador vestido corto de noche, negro, y un chal de nívea blancura. Turjik, que estaba mirando hacia la embajada desde dentro del coche utilizando los pequeños prismáticos, vio una vez más perfectamente el bello rostro de Henrietta Palmer, y una vez más experimentó aquella extraña sensación de vacío en el estómago.

—¿Cómo sabías que volvería a por la doctora? —preguntó Otoj.

—Es que soy adivino —replicó Turjik, bajando los prismáticos.

Otoj había vuelto la cabeza hacia él, y le contemplaba con expresión de absoluto pasmo, maravillado.

—¡Eso no nos lo habías dicho, Turjik!

—¿El qué?

—¡Que eres adivino!

Turjik puso los ojos en blanco, resignado realmente a todo.

—Sigue a la doctora, Otoj —pidió—. Y no maldigas más: estamos en Seúl, no en Tura ni en Irkutsk, así que acéptalo de una vez por todas. ¡No maldigas más!

* * *

El restaurante tenía el nombre de Chinpyong, y estaba ubicado entre enormes tecas junto a la carretera que desde Seúl lleva a Uichongbu, al norte. Al pie del Montte Tobong, de impresionante belleza en la estación de la primavera, incluso se podía divisar desde la entrada al restaurante la forma del viejo Castillo de Bujkansan.

Detrás del restaurante, como sumergido en el bosque de tecas, estaba el Sepulcro Real de Taenung.

—En realidad —dijo el secretario de la embajada norteamericana— todo está lleno de palacios, templos, sepulcros, castillos y cosas así. Corea es un país hermoso y cultivado, doctora Palmer.

—Me estoy dando perfecta cuenta de ello, Sterling. Y además sé perfectamente que su cocina es deliciosa. Casi tanto como la china.

Gracias por invitarme.

—Usted se lo merece todo. Pero permítame discrepar de usted en lo de la cocina china.

—¡Vamos…! —Le miró sorprendida la encantadora Henrietta a través de sus lentes—. ¡No irá a decirme que la cocina coreana es mejor que la china!

—¿Por qué no convenimos que es… diferente, y así no discutiremos? —rió Sterling Aldeman.

—Por dos motivos. Uno, que no es demasiado diferente. Dos, que la cocina china es la mejor del mundo.

—¿Después de la francesa y la coreana? —sugirió Aldeman.

—¡Después de ninguna! Escuche, Sterling: cuando los chinos ya cocinaban maravillosamente, en Europa los reyes sólo comían forrajes y carnes asadas. ¡Y en América sólo se comía búfalos, bisontes, y cosas así! Además, la cocina francesa es pegajosa e indigesta. Prefiero la coreana.

—Es usted encantadora. ¿No me permitiría que me enamorase de usted?

—¡Se lo prohíbo terminantemente!

—Bien —suspiró Sterling Aldeman—, entonces dediquemos nuestras energías y máxima atención a una cena que espero recuerde el resto de su vida.

Eran poco más de las ocho de la tarde.

Cerca de las diez de la noche Sterling Aldeman y la doctora Palmer salían del Restaurante Chinpyong, conversando animadamente ambos, y ella riendo cada tres o cuatro pasos, cubriendo sus desnudos hombros con el blanco chal, que destacaba en la relativa oscuridad del estacionamiento situado frente al restaurante. La doctora Palmer se agarraba al brazo de Sterling Aldeman, que estaba sencillamente encantado de la vida.

Un encantamiento que saltó en pedazos cuando, al llegar junto al coche, dos hombres aparecieron de pronto por detrás de aquél, y uno se colocó ante la pareja y otro detrás de Aldeman, que sintió el duro contacto de una pistola en la espalda, a la altura de los riñones.

—No deseamos lastimarles —dijo en buen inglés el hombre alto y pelirrojo que se había colocado ante ellos—, pero lo haremos si no se comportan de modo razonable.

—¿Qué es lo que quieren? —murmuró Aldeman.

—Unos minutos de conversación con la doctora. Nada más.

Aldeman tragó saliva, y murmuró:

—Ustedes son rusos…

El golpe propinado con la pistola le llegó por detrás. Sterling Aldeman tuvo la sensación de que su cabeza estallaba, y eso fue todo antes de sumergirse vertiginosamente en un hondísimo pozo negro. El ruso que le había golpeado le sujetó y lo metió dentro del coche con distintivo diplomático norteamericano. El otro señaló hacia la carretera.

—Se recuperará pronto, y regresará a Seúl, no se preocupe por él, doctora. Por favor, acompáñenos. Le aseguro que no tenemos intención de perjudicarla de ninguna manera.

Henrietta Palmer asintió, y caminó tranquilamente entre los dos hombres. En la carretera, cerca de la entrada al restaurante, había un automóvil estacionado. Uno de los hombres se sentó atrás, junto a Henrietta, a la que había abierto muy cortésmente la portezuela. El otro se sentó ante el volante, puso el vehículo en marcha, y partió, en dirección a Uichongbu.

—¿Me están secuestrando? —preguntó Henrietta.

—No. Solamente vamos a estar paseando un poco por esta carretera y unos encantadores caminos que conocemos, mientras conversamos con usted… ¿Cómo está Leonid Zigel?

—¿Quién?

—Leonid Zigel —dijo secamente el hombre—, el herido que usted ha venido a cuidar expresamente desde los Estados Unidos.

—Entonces… ¿es verdad que ustedes son rusos?

—Su amigo el diplomático nos conoce muy bien. No a nosotros, sino a los rusos. Nosotros también le conocemos a él. Mire, de verdad, no queremos complicaciones. Deseamos que entienda esto.

—Pero es que yo no sé de qué me hablan…

—Pues debería enfadarse con los de la CIA —dijo con cierto sarcasmo el ruso que conducía—. Ellos han debido darle algunas explicaciones mínimas, doctora.

—¿La CIA? ¡Pero qué están diciendo ustedes…!

—Lo que no se nos había ocurrido es que el señor Aldeman fuese de la CIA. Nos caía mejor como diplomático, y podemos añadir que se ha estado portando muy inteligentemente hasta ahora. Sin

embargo, el hecho de que la haya acompañado es revelador para nosotros: la CIA no ha pensado en ningún momento dejarla a usted sola, por tanto Aldeman es de la CIA. ¿Comprende?

—No… Me… me temo que no…

Los dos rusos guardaron un largo silencio sombrío que tuvo también un cariz amenazador.

—Pues si usted no comprende nosotros se lo vamos a explicar. Unos camaradas nuestros enviaron por radio un mensaje a nuestro grupo de Seúl, informando de que un agente chino del Lien Lo Pou…

—¿El… el qué?

—El Lien Lo Pou: el servicio de espionaje chino.

—Oh… ¡Oh!

El conductor del coche soltó un gruñido. El que conversaba con la doctora Palmer sonrió entre divertido y mosqueado.

—Como le decía, desde Vladivostok unos camaradas nos enviaron al grupo de Seúl un mensaje. Dicho mensaje decía que un chino agente del Lien Lo Pou había estado viajando por Siberia últimamente, permaneciendo de modo especial varios días entre Tura e Irkutsk. No se le pudo controlar demasiado bien porque estuvo utilizando una avioneta que todavía no sabemos de quién es, pero sabemos que estuvo por la zona del Yenisey… ¿Conoce usted Siberia?

—¡Dios mío, claro que no, vaya ocurrencia!

El ruso rió quedamente. El que conducía miró por el retrovisor hacia el asiento de atrás, no menos divertido.

—Claro. ¡Menuda extravagancia, conocer Siberia, ¿verdad?! Bueno, la zona siberiana del Yenisey es seguramente la más rica de toda Siberia. Y por allá estuvo moviéndose a sus anchas ese agente chino respecto al cual recibimos la información de que iba a llegar a Seúl en avión, en determinado vuelo tomado en Vladivostok. Como ve usted, le estábamos dando cuerda larga al chino en cuestión, a ver qué hacía. Y en efecto, llegó al aeropuerto de Seúl. Desde aquí, se dirigió a la ciudad. Cenó, estuvo en un cine, tomó unas copas en un par de sitios simpáticos… A la una de la madrugada, aburridos, decidimos establecer nuestros turnos de control, y el primero le correspondió a Leonid Zigel… Pues bien, ya no lo hemos vuelto a ver, pero sospechamos que lo tienen ustedes en la embajada.

—¿Y por qué sospechan eso? —se sorprendió Henrietta.

—Porque Tse-pu también lo está buscando.

—¿Tse-pu? —Le miró ahora serenamente la doctora americana —. Eso es un nombre chino, ¿verdad?

—Es un apodo que nosotros le hemos puesto a un agente chino llamado Kio Tsu. Éste es su verdadero nombre, pero nosotros lo llamamos Tse-pu, porque es un hombre muy instruido, y Tse-pu significa no sé exactamente qué cosas relacionadas con un diccionario chino. Como sea, a Kio Tsu nosotros lo llamamos Tse-pu. Y sabemos que Tse-pu está buscando a un agente ruso. ¿A cuál? Pues solamente puede ser a Leonid, que es el único que realmente ha desaparecido.

—Sí, comprendo, pe-pero… eso no… no quiere decir que lo tengamos nosotros en la embajada…

—Podría ser que no, pero nosotros creemos que sí. Según parece, la otra noche hubo disparos frente a su embajada, o quizá dentro. Fíjese qué serie de coincidencias: la casa de Tse-pu está relativamente cerca de la embajada americana, los chinos están buscando a Leonid, los americanos instalan material de quirófano en la embajada, y hacen venir de Estados Unidos una doctora especialista en neurocirugía… Añada a todo esto que Leonid vigilaba a un chino, y… ¿qué tenemos? Pues tenemos que el chino al que vigilaba Leonid fue a la casa de Tse-pu, donde se entrevistó con éste; evidentemente, Leonid se metió en la boca del lobo siguiendo al maldito chino que había estado en Siberia, y para enterarse de lo que tramaban él y Tse-pu corrió tal riesgo que finalmente fue descubierto, perseguido a tiros, y acorralado, hasta que Leonid vio la embajada americana y se refugió en ella. Así que los chinos saben que él está en la embajada, pero para desconcertarnos a nosotros simulan buscarlo por todas partes. Pero nosotros sabemos que hubo tiros en la embajada, y sabemos que han requerido material de quirófano, medicamentos…, y a usted. Doctora Palmer: ¿tienen ustedes a Leonid sí o no?

—U-u-usted me… me está… aturdiendo… ¡No entiendo nada!

—Si repasa lo que le he explicado ya verá como sí lo entiende. Pero es que, además, no necesita entenderlo, sólo tiene que contestarme: ¿tienen a nuestro camarada Leonid, sí o no?

—Bu-bueno, la… la verdad es que… que sí…

—¡Bien! ¿Cómo está él, qué les ha dicho…?

—Nos está siguiendo un coche, Stefan —dijo el conductor.

El ruso que conversaba con Henrietta se volvió a mirar por el cristal zaguero, y masculló unas palabrotas en su idioma. Luego, habló con más calma, de nuevo en ruso, indicando a su compañero que abandonara la carretera en cuanto viera un camino a la derecha…, lo cual sucedió apenas tres minutos más tarde, durante los cuales nadie habló dentro del coche.

El coche quedó escondido entre el arbolado, y el conductor apagó todas las luces y el motor.

El de atrás preguntó:

—¿Sales tú o salgo yo, Arkadi?

—Es mejor que salgas tú. Si no viesen conductor sospecharían algo.

El llamado Stefan salió del coche, y el conductor, Arkadi, se volvió hacia Henrietta, tras encender la luz del techo del coche.

—Sería una tontería que usted intentara escapar, doctora. Primero, porque la alcanzaríamos fácilmente, y luego porque quizá quienes nos están siguiendo no sean sus amigos de la CIA, sino los chinos. A decir verdad, no sé cuáles son peores, los chinos o los americanos. En cualquier caso, sería mejor que se tratase de los americanos, pues así es seguro que no dispararían de cualquier manera contra el coche, por temor a herirla a usted. ¿Hace mucho que está metida en esto del espionaje?

—¡Yo no estoy metida en el espionaje! —Respingó Henrietta.

—Vamos, no diga tonterías —sonrió el ruso—. Ni siquiera voy a discutir que usted sea o no sea doctora. Es perfectamente posible que lo sea, pero no una doctora corriente, pues hace falta mucho valor para meterse en esto… ¿O no sabía usted que encargándose de atender a Leonid podía tener un tropiezo como éste en cualquiera de sus salidas de la embajada? Y ciertamente, no me creo que estuviera protegida solamente por el secretario Aldeman. Seguro que lleva detrás de usted más perros guardianes de la CIA. ¿A que sí?

—No sé de qué está hablando —murmuró Henrietta; señaló la luz del techo del vehículo—… Y si realmente cree usted que pueden dispararnos sería mejor que apagase esa luz, ¿no le parece?

—Claro que no —volvió a sonreír el espía soviético—… Esta luz

es el reclamo, el cebo; como la luz que atrae a las polillas en la oscuridad. Y no se preocupe por nuestra seguridad personal, pues Stefan y yo somos gatos viejos en esto, y nos sabemos unos cuantos trucos.

—Uno de los cuales, al parecer, es atraer a las polillas a la trampa…, mientras uno de los gatos viejos espera fuera la llegada de la presa.

—¡Exactamente! —rió Arkadi.

Capítulo III

Los dos chinos se habían dado cuenta de la maniobra realizada por el coche que perseguían, y ellos también habían sacado el suyo de la carretera, metiéndolo por el camino de la derecha. Por supuesto, apagaron las luces de posición, y circularon por el camino guiados tan sólo por el resplandor de las del coche que perseguían.

Muy pronto divisaron la mayor intensidad roja de las luces de atrás indicando que el coche de los rusos era frenado, y muy pronto, esas luces decrecieron, y luego se apagaron. Todo quedó a oscuras…, menos un pequeño punto en alguna parte difícil de situar.

—Se han detenido —murmuró uno de los chinos—… O la van a matar, o van a conversar con ella.

—Quizá la violen —dijo el otro chino.

—No están los rusos para diversiones. Vamos a ver qué pasa.

Se apearon ambos, y echaron a andar por el borde del camino en dirección al pequeño punto luminoso, esgrimiendo ambos su pistola provista de silenciador.

Invirtieron casi dos minutos en estar lo suficientemente cerca, dentro de los límites prudentes, para ver bien el coche. Es decir, veían la forma confusa del coche, pero veían bien al hombre que estaba sentado ante el volante, aunque vuelto hacia el asiento de atrás, gesticulando. No pudieron ver nada del asiento de atrás, pues su posición sólo les facilitaba el ángulo visual del delantero.

—En efecto —susurró uno de los chinos—: están conversando con ella los dos.

—Vamos a acercarnos con cuidado…

Los dos oyeron a la vez el leve ruidito tras ellos, y quisieron volverse vivamente, Pero, desde atrás, el tremendo culatazo abatió a uno fulminado, sin apelación posible, con una brecha en la cabeza. El otro lanzó una exclamación, apuntó su pistola hacia

donde se movía una sombra…, y recibió un balazo en la cabeza que reventó ésta, esparciendo sus sesos alrededor y derribándolo brutalmente de espaldas entre unos matorrales.

El primero en ser abatido ni siquiera se movía. Permanecía tan inmóvil y en silencio que parecía muerto.

Stefan tanteó hasta agarrarlo por la ropa del cuello, y tiró de él, sacándolo de entre los arbustos, hacia el camino. Una vez aquí alzó al chino con toda facilidad, como si fuese un muñeco diminuto, y se lo echó sobre un hombro, encaminándose hacia el coche.

Y apenas había dado media docena de pasos cuando el atlético espía soviético se detuvo, respingando por el tremendo sobresalto al ver aparecer ante él, en el camino, la enorme forma de contornos más o menos humanos. No tuvo tiempo ni de intentar sacar de nuevo su pistola: un patadón en los testículos lo derribó con su carga, sin permitirle tan siquiera soltar un bufido pues el dolor fue atroz, paralizante.

De las sombras surgió a los pocos segundos otra silueta, que se acercó al gigantesco Otoj, y musitó:

—El otro chino está muerto.

Otoj se encogió de hombros. Vaya si le importaba a él que un chino estuviera muerto, vaya. Si fuese por él todos los chinos podían irse al diablo, por muy amigos que dijeran ser. No se fiaba de los chinos.

Turjik se había arrodillado junto a Stefan y el chino desvanecido, y le quitó la pistola al primero. Se incorporó, y susurró sus instrucciones a Otoj:

—Lleva a los dos chinos a su coche, y acércate luego al de los rusos, por si necesito tu ayuda.

—Si crees que vas a necesitar mi ayuda es mejor que me esperes.

Era lo más inteligente que Otoj debía de haber dicho en su vida, pero Turjik movió negativamente la cabeza, y se dirigió sigilosamente hacia el coche de los espías soviéticos, cuya lucecita interior esparcía un resplandor insignificante, pero que en aquel lugar solitario y completamente oscuro era suficiente para desenvolverse.

* * *

Dentro del coche esa misma luz permitía a la doctora Palmer y al espía Arkadi verse perfectamente el uno al otro, mientras conversaban, convertidos en el cebo de la trampa. Pero, precisamente, esa luz tan próxima a ellos les impedía ver nada fuera del coche. Y, precisamente su conversación, destinada a dar naturalidad y fuerza de convicción a la escena, les impidió a ambos percatarse de nada.

A los dos les pilló por sorpresa la mano armada con una pistola que entró por la ventanilla izquierda y quedó a pocos centímetros del rostro de Arkadi, mientras se oía la bien modulada voz, en ruso:

—Ponga las manos sobre la cabeza. Despacio.

Arkadi quedó un instante como vibrando por el sobresalto y el íntimo deseo de reaccionar defensivamente, pero el sentido común se impuso rápidamente, y, muy despacio, colocó las manos sobre su cabeza, entrelazando los dedos.

—Muy bien —aprobó la voz desde el exterior—, y ahora salga muy despacio y sin mover las manos de ahí.

La portezuela fue abierta, sin que la pistola dejase de apuntar a Arkadi más de una décima de segundo. El ruso salió, recibió instrucciones para alejarse tres pasos del coche y detenerse entonces, y acto seguido fue liberado del peso de su pistola…

Desde dentro del coche, la doctora Henrietta Palmer oyó el escalofriante impacto de la pistola en la cabeza del ruso, y lo vio tambalearse, caer de rodillas en el suelo, y luego de bruces, para quedar inmóvil. El hombre que le había golpeado regresó al coche, y pasó a sentarse junto a Henrietta, que no se había movido.

—¿Se encuentra usted bien, señorita? —preguntó en inglés.

—Sí… Sí, sí.

—Espero haber llegado a tiempo de evitarle… experiencias desagradables.

La doctora Palmer, que miraba con más que evidente interés al exótico siberiano, murmuró:

—¿Quién es usted?

—De momento, su salvador —rió Turjik Shado—. Bueno, no sé qué habría pasado sin mi intervención, pero me temo que las intenciones de estos hombres no eran demasiado buenas. Por fortuna, uno de ellos salió a no sé qué, y pude quitarle la pistola.

—Salió porque se habían dado cuenta de que nos seguía un

coche… ¿Se trataba de usted?

—Así es —mintió Turjik—… Yo llegaba al restaurante Chinpyong cuando usted y su acompañante salían, me pareció que bastante felices, y por eso me fijé de modo especial en ustedes. Así que me di cuenta de lo que ocurría, y pensé que una mujer en su situación precisaba un poco de ayuda.

—Se lo agradezco mucho, señor…

—Bueno, veo que realmente no ha ocurrido nada desagradable. ¿Qué pretendían, entonces? ¿Robarle su dinero?

—Bueno… Sí, supongo que sí… El hombre que salió antes del coche lo hizo porque se había dado cuenta de que nos seguía un coche, y yo diría que no llevaba muy buenas intenciones.

—Pues entre Otoj y yo nos hemos encargado de él, no se preocupe… Creo que lo mejor sería regresar a Seúl. ¿Está usted en Seúl, supongo?

—Sí… Sí, sí.

—Yo también. Tendré mucho gusto en llevarla allá. Por supuesto la acompañaré a hacer la denuncia contra…

—Oh, no. ¡No pienso hacer ninguna denuncia! Yo… prefiero no complicarme la vida.

Turjik Shado pareció reflexionar brevemente.

—Tal vez tenga usted razón. Lo mejor cuando se viaja por el extranjero es no complicarse la vida. Si le parece bien podemos ir a mi coche. Otoj encenderá las luces en cuanto nos vea acercarnos.

—¿Quién es Otoj?

—Uno de mis criados. Dejaremos a estos hombres por aquí, y ya se las arreglarán cuando despierten.

Turjik Shado salió del coche de los rusos, tendiendo la mano a la doctora Palmer, que la aceptó. Caminaron por el sendero en dirección a la carretera, y, en efecto, muy pronto se encendieron las luces de un coche que lo iluminaron todo sobradamente.

Es decir, todo no, pues el coche de los dos chinos, y éstos, habían desaparecido completamente de escena, por lo que, a todos los efectos, la doctora Palmer sólo podía pensar que el coche que les había seguido era, efectivamente, el del exótico desconocido, el cual tiró la pistola del ruso entre unos matorrales.

Estaban cerca del coche cuando Otoj se apeó, para abrir la portezuela, y Henrietta soltó un respingo al verlo. Otoj sonrió

anchamente, y Turjik emitió una risita amable.

—Se llama Otoj, como ya le he dicho. Es muy impresionante, pero un hombre inofensivo. Por favor, suba. Y vámonos de aquí inmediatamente, Otoj.

Éste, que de la conversación en inglés solamente entendió su nombre, se llevó una manaza a una orejota e inquirió:

—¿Qué?

—Que volvemos a Seúl —dijo Turjik, en siberiano samoyedo.

—Ah.

Otoj cerró la portezuela cuando Henrietta y Turjik se hubieron acomodado en el asiento posterior, se colocó al volante, y accionó el motor, maniobrando rápidamente para circular de regreso a la carretera.

—Naturalmente —dijo Turjik— es usted americana.

—Sí. ¿Conoce usted Estados Unidos?

—No, en absoluto.

—¡Pues habla usted muy bien el inglés!

—Hablo varios idiomas. Pero Estados Unidos solamente lo conozco por medio de postales, revistas, libros, noticieros de la televisión… Es un país muy ruidoso, ¿no es cierto?

—Me parece que sí —rió Henrietta—… ¿De dónde es usted?

—De Siberia.

—Oh… ¡Oh! ¡Qué interesante!

Turjik Shado se quedó mirándola un instante con expresión no demasiado amable, antes de preguntar:

—¿Interesante? ¿En qué sentido?

—Bueno… No sé… ¡Nunca había conocido a un siberiano! ¿Cómo… cómo se llama usted?

—Turjik Shado.

—Yo me llamo Henrietta… Henrietta Palmer. Soy… doctora en Medicina, y estoy pasando unos días en Seúl.

—¿Está en viaje de turismo?

—Bueno, no exactamente. Tengo… algunos asuntos que estoy resolviendo en la embajada de mi país, así que estoy alojada en ella.

—Mi hotel está cerca de su embajada, de modo que si me lo permite la acompañaré allí. ¿Era algún empleado de la embajada el hombre que la acompañaba? Lo digo porque sería buena idea pasar a recogerlo al restaurante Chinpyong. Aunque tal vez no esté allí,

claro… Debemos suponer que ya habrá informado que usted ha sido secuestrada, de modo que las complicaciones se van a producir.

—Tal vez esté a tiempo de llamar por teléfono a la embajada avisando de que estoy bien. ¿Podríamos detenernos unos minutos en el restaurante?

—Naturalmente. ¿Qué pretendían esos rusos de usted?

Henrietta giró un poco en el asiento, como queriendo ver muy bien el rostro de Turjik Shado, cuyos impenetrables ojos observaban a su vez el rostro de la doctora Palmer sólo a la luz del panel de instrumentos de mando del coche que conducía Otoj.

—No tengo ni idea —murmuró—… Es decir, me estaban preguntando cosas de un chino, y de un ruso… Hablaban el inglés muy mal, de modo que no podíamos entendernos bien.

—¿Usted no habla ruso?

—¿Yo? ¡Qué ocurrencia!

—Hay mucha gente que habla ruso —sonrió Turjik.

—¡Pero no son chicas americanas, como yo!

—Eso también es cierto. Bien, estamos ya cerca del restaurante. Si necesita mi ayuda para entenderse con…

—Oh, no es necesario: todos me entenderán cuando pida el teléfono. Se me está ocurriendo, señor Shado, que puede usted dejarme en el restaurante, y mis amigos de la embajada pasarán a recogerme.

—Si eso es lo que usted desea…

—No —le miró ella de nuevo directamente a los ojos—… No es eso lo que yo deseo, pero pienso que no tengo derecho a causarle más molestias.

—Le aseguro que permanecer junto a usted no es ninguna molestia. Al contrario.

Henrietta bajó la mirada, y permaneció en silencio.

Cuando el coche se detuvo en la explanada frente a la entrada al restaurante Chinpyong y Otoj salió a abrir la portezuela tras una seca orden de Turjik, la rubia doctora americana dirigió al siberiano una breve mirada de soslayo, como intimidada.

El siberiano sonrió amablemente.

—La acompañaré al interior del restaurante —dijo.

—¡Oh, no es necesario…!

—Claro que sí —zanjó él.

Salieron los dos del coche, y se dirigieron hacia la puerta…

* * *

Sterling Aldeman dirigió una mirada casi colérica hacia la puerta del despacho, que acababa de ser abierta por un hombre que entró lentamente. Luego, el secretario de la embajada miró todavía enfurruñado a la doctora Palmer, que aquella mañana estaba sencillamente encantadora; su aspecto de turista dispuesta a gozar de la vida no podía ser más convincente.

—Pero usted debió avisarnos de eso —insistió Aldeman—… ¡No es posible que no se le ocurriese un truco para avisarnos!

—Ya le he dicho que mientras yo telefoneaba aquí él estaba a mi lado, y me oía perfectamente. No podía decirles a ustedes que iba a llegar acompañada de un siberiano al que la CIA tenía que seguir, para saber adónde iba después de dejarme ante la embajada. Es cierto que habría podido emplear cualquier subterfugio, pero él se habría dado cuenta. Me pareció un hombre muy inteligente…, además de exótico. Si se hubiera dado cuenta de que yo le mencionaba como personaje interesante en una conversación en la que, por otro lado no daba explicaciones, quizá no me habría acompañado hasta aquí, o sea, que habría sido peor. En cambio, ahora, lo tenemos controlado.

—¿Controlado? —Se pasmó Aldeman—. ¡No tenemos ni idea de dónde puede estar! Maldita sea, Prince, ¿qué es lo que quieres?

El hombre que acababa de entrar en el soleado despacho terminó de encender el cigarrillo, y dijo:

—Kio Tsu y su gente han desaparecido de Seúl.

—¿Cómo que han desaparecido? —bramó Aldeman.

—Se han esfumado.

—Pero… ¡Maldita sea! ¡Ahora que sabemos que Leonid Zigel se refería a él cuando mencionó la palabra Tse-pu, ese astuto sarnoso desparece de escena!

—Con toda su gente. No tenemos absolutamente ninguna pista. Ha sido una cosa súbita, como de magia. Vamos, que se han hecho humo durante la noche.

—¿Y qué hacen los rusos?

Un destello irónico pasó por los ojos del agente Prince.

—Han desaparecido.

Aldeman se quedó mirándolo moviendo un párpado como si tuviera un tic nervioso de toda la vida.

—¿Los rusos también han desaparecido? —susurró.

—Absolutamente todos.

—Pero… ¡esto no tiene sentido! —Aldeman miró a Henrietta—. ¿Usted lo entiende?

—No estoy segura. Veamos: un chino llega de Siberia, Zigel lo vigila, siguiendo instrucciones, y, evidentemente, va a la casa de Kio Tsu, que según ustedes es un viejo colega de cierta importancia, un buen elemento del Lien Lo Pou, al que los rusos llaman Tse-pu. Al parecer los chinos persiguen al ruso Zigel, pues lo descubren espiando al chino que ha llegado de Siberia y que ha ido a casa de Kio Tsu o Tse-pu. Lo matan. Al día siguiente se produce una movilización general de agentes de la KGB buscando a Zigel, especialmente en torno a nuestra embajada, pues se han enterado de que la noche de la desaparición de Zigel hubo disparos por aquí. Los rusos, a fin de enterarse de las cosas, me secuestran para interrogarme…, y entonces interviene el siberiano Turjik Shado. A partir de ese momento desaparecen de escena los chinos y los rusos. ¿Correcto?

—Correcto —asintió Prince, mientras Aldeman asentía con un gesto.

—Entonces, según podemos entender, el señor Shado se ha… convertido en el personaje más interesante para nosotros, ¿no es así?

—¡Desde luego que es así! ¡Pero usted lo dejó escapar!

—Ya aparecerá —sonrió Henrietta—. El truco de simular que Zigel está vivo ha dado resultado, ¿no es cierto? Y no creo que las cosas terminen así, seguirán interesándose por Zigel, unos u otros: los chinos, los rusos, o los siberianos.

—Pero… ¿qué demonios pintan los siberianos en esto? ¡No son más que soviéticos de segunda categoría! ¡Los chinos y los rusos son los que tienen que preocuparnos! Ese Shado desaparecerá, simplemente, y nos encontraremos con que lo habremos perdido todo.

—Él llamará —dijo Henrietta.

—¡Pero qué demonios va a llamar…! —Sonó el teléfono de la

mesa de Aldeman, que descolgó el auricular de un manotazo—. ¡Diga! ¿Qué…? Ah, sí, pásela inmediatamente. —Tendió el auricular a Henrietta, confuso—. Es una llamada para usted.

—¿Sí? —La atendió la doctora Palmer—. Ah, señor Shado, es usted…

—¿…?

—Perfectamente. Es usted muy amable al interesarse por mí… ¿Qué?

—¿…?

—Oh, pues… Vaya —Henrietta rió encantadoramente—, ¿por qué voy a mentirle? La verdad es que le he estado recordando con mucha frecuencia, y la perspectiva de volver a verle no me desagrada en absoluto, así que… acepto encantada.

—De acuerdo. Sí, allí estaré. Adiós… Adiós, señor Shado.

Devolvió el auricular a Aldeman, que mostraba una expresión enfurruñada. Prince, que le contemplaba irónicamente, dijo:

—Apuesto a que Turjik Shado la ha invitado a almorzar.

—A cenar —corrigió Henrietta—. Y a propósito de Shado: ¿qué se ha sabido de él, en definitiva?

—Nada —pareció sorprendido Prince por la pregunta—. Ese hombre no ha intervenido jamás en asuntos de espionaje, según todos nuestros informes.

—Pues algo tiene que estar tramando ese siberiano —gruñó Aldeman.

—De momento —sonrió Henrietta— invitarme a cenar.

Capítulo IV

—Ha sido una cena encantadora —aseguró dulcemente Henrietta—… Y no me estoy refiriendo exclusivamente a la comida, Turjik.

—Eso me hace suponer —sonrió el siberiano— que estás diciendo que yo también soy un hombre encantador.

Ella estuvo unos segundos mirándole fijamente antes de murmurar:

—Sí… Sí lo eres.

Luego bajó la mirada. Turjik Shado deslizó la mano por encima de la redonda mesa que compartían en el restaurante del Casino Continental de Walker Hill, la zona residencial de lujo de Seúl, con hoteles y residencias de primera categoría, pistas de tenis y piscinas, automóviles de lujo y luces rutilantes… La mano de Turjik terminó su recorrido ante la de Henrietta, y se posó sobre ella, delicadamente.

—No soy tan encantador como supones, Henrietta.

Ella le miró, todavía al parecer un poco turbada, pero sonriente.

—Oh, sí… ¡Ya lo creo que lo eres! —insistió.

Él movió la cabeza. Ocupaban un rinconcito íntimo y tranquilo en el elegante comedor bien iluminado y concurrido por el turismo internacional. El ambiente correspondía al de cualquier casino internacional, nada indicaba de modo terminante que estuvieran en Asia, el lugar podía ser de cualquier gran ciudad europea o americana, salvo los lógicos detalles peculiares coreanos.

—No soy demasiado encantador —insistió el siberiano—. Y ello porque te estoy engañando.

—¿Me estás engañando? —se sorprendió ella, tensa—. ¿En qué?

—Mi acercamiento a ti fue… premeditado. No estaba en el restaurante Chinpyong por casualidad, sino siguiéndote.

—¿Por qué?

Turjik titubeó un instante antes de murmurar:

—Porque quería conseguir de ti una información.

Henrietta Palmer se quedó mirándolo fijamente. Turjik dejó sobre la bandeja el importe de la cuenta que le habían traído hacía unos minutos, y volvió a mirarla directamente a los ojos.

—¿Una información sobre Leonid Zigel? —susurró ella.

—Sí. Supongo que es lo mismo que querían los rusos.

—En efecto —replicó Henrietta fríamente.

Turjik Shado se puso en pie, y fue a retirar la silla de la doctora americana, que se puso en pie y recogió su chal. Pasaron cerca de la amplia puerta a las salas de juego, de donde llegaba un animado rumor de voces, cantos de jugadas y raudales de luz. En el vestíbulo se cruzaron con dos parejas japonesas cuyas mujeres ofrecían un delicioso exotismo con sus kimonos, que habrían resultado insólitos en Las Vegas o en Montecarlo.

Salieron al exterior, que ofrecía una brisa perfumada de mar, como si el río Jan, cuyas aguas relucían al pie de la colina, trajera las aguas del mar en lugar de ir allá a verter las suyas. Se metieron en el coche de Turjik, que arrancó, en silencio. Unos minutos más tarde detenía el coche en una carretera que bordeaba la colina, en lo alto, y desde la cual se divisaban las luces del casino, y, en el cielo despejado, la luna creciente. Turjik Shado apagó el motor y las luces, y se volvió hacia la doctora Palmer.

Entonces vio, en la mano derecha de ésta, el brillo lunar reflejándose en una pequeña pistola.

—No intentes ni tocarme, o te mataré —dijo ella, con voz crispada.

—¿Vas armada? —se sorprendió él—. Jamás lo habría imaginado. Aunque supongo que es fácil de comprender: no eres una doctora, sino una agente de la CIA que también ha estado haciendo su propio juego.

—Soy una doctora, no tengo nada que ver con la CIA, pero ya hace años que viajo siempre armada, pues me han ocurrido diversos percances que no estoy dispuesta a soportar de nuevo. Francamente, en ningún momento pensé que tú pudieras ser de esos hombres, de los que siempre acaban intentando abusar de la mujer… pero tampoco se me ocurrió que fueses un espía. Porque tú sí eres un espía, ¿no es cierto?

—Yo soy un patriota siberiano.

—¿Un patriota...? ¿Quieres decir un patriota ruso, soviético?

—He dicho un patriota siberiano.

—Pero... ¿de qué estás hablando? ¡Siberia es una de las repúblicas de la Unión Soviética..., mejor dicho, varias repúblicas! ¿De qué estás hablando?

—Siberia es Siberia —murmuró Turjik—. Siberia es Sibir, y nada más, aunque los rusos se hayan apoderado de ella.

—¿Apoderado? ¡Siberia forma parte de la URSS, simplemente!

—Tal vez en otro momento discutamos eso. Ahora, Henrietta, yo preciso una información respecto a Leonid Zigel: ¿realmente está vivo... o es todo una añagaza preparada por la CIA para conseguir alguna pista sobre lo sucedido con él?

—De manera que has estado... enamorándome para sonsacarme..., del mismo modo que ayer me estabas siguiendo. ¡Y todo lo que quieres de mí es saber qué ocurre con ese ruso!

—Al principio era así, pero me he enamorado de ti.

—¡Oh, vamos...! ¡Ya no puedo creerte!

—Te comprendo. Y comprendo tu decepción. Pero me he enamorado de ti, te amo con la misma sinceridad que amo mi Siberia. Henrietta, tienes que ayudarme. Leonid Zigel tal vez oyó en casa de unos amigos míos determinada información que podría perjudicar nuestros planes. Zigel es de la KGB, y si consigue pasar esa posible información a sus jefes las represalias serían terribles en Siberia, y, por supuesto, si se enterasen de lo que estamos tramando tomarían sus medidas de tal modo que jamás podríamos realizarlo.

—¿Y qué estáis tramando los siberianos en Siberia?

—No puedo decírtelo, Henrietta.

—Es decir que tú no confías en mí, pero me estás pidiendo que me ponga de tu parte, que te facilite información sobre Leonard Zigel.

—Tengo que pedirte mucho más que eso... Tengo que pedirte que mates a Zigel, o que me facilites a mí la entrada en tu embajada para hacerlo. No soy un asesino, pero mataré a Zigel, por Siberia. Y te lo voy a decir... Te voy a decir lo que estamos tramando los siberianos en Siberia: queremos que Siberia sea libre, una nación independiente, un estado soberano.

—Dios mío, tú estás loco —jadeó Henrietta—... ¡Estás loco! O quizá ni siquiera llegas a loco... Simplemente, estás soñando. ¡Estás

soñando, Turjik!

Turjik Shado sonrió. Su rostro, bañado por el resplandor lunar, ofrecía un aspecto más exótico que nunca. Se había quitado los lentes, y sus ojos parecían dos grandes botones forrados de charol.

—¿Tú sabes lo que son los Urales? —preguntó.

—Naturalmente: una cadena montañosa situada precisamente entre la Rusia europea y Siberia, y que corre de norte a sur.

—No —movió la cabeza el siberiano—… Nada de eso. Los Montes Urales es un pellizco que Dios dio a la Tierra precisamente para separar Rusia de Siberia. Y si Dios quiso separar Siberia de Rusia…, ¿por qué y con qué derecho Rusia las ha juntado?

Henrietta Palmer estaba pura y simplemente muda de la impresión. No sabía qué decir. El alcance de lo que estaba oyendo era tan amplio, presentaba tal cantidad de complicaciones de toda índole, que la tenían como paralizada.

—Con ninguno —se contestó a sí mismo Turjik—. Los rusos han engañado a los siberianos…, pero no a todos. Algunos siberianos queremos Siberia para nosotros, eso es todo.

—¡Eso es todo! —exclamó Henrietta, reaccionando—. ¡Te repito que estás soñando!

—De acuerdo, estoy soñando. Pero… ¿no quieres ayudarme a soñar? ¿No quieres soñar conmigo para siempre en Siberia? Henrietta, ayúdame a resolver este riesgo, y vente conmigo…, ¡vente a soñar conmigo en Siberia! No te estoy mintiendo: te amo. Me enamoré de ti en cuanto vi tus fotografías…

—¿Mis fotografías?

—Un amigo te las tomó cuando llegaste a tu embajada hace días. Me enamoré de ti entonces, pero sólo… de tu aspecto físico. Para mí eras sólo una… hermosa mujer americana con la que tal vez sería agradable relacionarse sexualmente unas cuantas veces, y nada más. Pero en tan pocas horas contigo me he enamorado…, y no sé cómo expresarte mi amor en toda su intensidad.

—Me… me estás… engañando pa-para que… me ponga… de tu parte…

—No. No te estoy engañando. Te estoy ofreciendo con la misma sinceridad mi amor y Siberia. Y amándote tanto, y ofreciéndote todo cuanto soy y tengo, creo que también tengo derecho a pedirte algo.

—Pe-pero… ¿qué… qué me estás pidiendo, qué quieres…?

—Quiero que me digas si Leonid Zigel está vivo o muerto.

—Está vivo… ¡Claro que está vivo!

—Entonces tendrás que matarlo.

—¡No puedo hacer eso!

—¿Por qué no?

—Pu-pu-pues… ¡Dios mío, sería un asesinato! ¡Ese pobre hombre se halla en estado de coma, tiene el cincuenta por ciento de posibilidades de vivir, y matarlo sería… un asesinato!

—Está bien, no quiero que la mujer que amo sufra por convertirse en una asesina…, aunque sea un punto de vista que no comparto. No lo hagas tú. Pero ayúdame a mí a hacerlo, ayúdame a llegar hasta Zigel.

—No, n-n-nooo… no puedo hacer eso… ¡No puedo!

—¿La CIA vigila a Zigel?

—Sí… Claro que sí.

—¿Y crees que no podrías engañarlos llevándome a mí hasta el ruso?

—Estoy segura de que nunca podrías… llegar hasta Zigel.

—Entonces tendrás que matarlo tú.

—¡No! Dios mío, esto… esto es una locura… Sí, debo de estar soñando, todo esto no me está ocurriendo a mí… ¡Debo de estar soñando, no es cierto que ahora esté en Asia y en esta situación, estoy en mi apartamento de Nueva York, soñando… con un siberiano loco!

—Henrietta, tienes que matar a ese ruso.

—No… No lo haré. ¡Ni siquiera te creo lo que me estás diciendo! Vamos a ver: ¿quién… o qué eres tú? ¿Cómo puedes pretender «liberar» Siberia? ¡Dios bendito, hablas de Siberia como si fuese un pañuelo, y es el territorio más grande del mundo! ¿Cómo podrías tú…?

—Yo no estoy solo en esto. Te aseguro que hay personas que pueden conseguir consolidar la idea y la ambición de Siberia para los siberianos…

—¿Qué personas?

—Ya las conocerás, cuando estés conmigo en Siberia.

—Entonces… ¿no eres tú quien ha ideado y está dirigiendo todo esto?

—¿Yo? No. Yo soy solamente un siberiano que ama Siberia, un intelectual deportista y músico, dispuesto a todo por Siberia.

—Un intelectual, deportista y músico —estaba pasmada Henrietta—… Es la cosa más fantástica que me ha ocurrido en la vida. Pero está bien, ya lo voy entendiendo. ¿Quién es la persona que ha ideado y está dirigiendo esto? ¿O son varias personas?

—Hay muchas personas respaldando el Gran Proyecto, pero la idea germinó en la mente de una sola, que será, cuando llegue el Día de la Libertad, nuestro primer presidente de la nueva, rica y resplandeciente Siberia.

—¿Y quién es esa persona?

Turjik titubeó, pero acabó murmurando:

—Bulba Khan.

—¿Quién?

—¡Bulba Khan! Él tuvo la idea, él aglutinó a los siberianos y simpatizantes de una Siberia libre, él lo ha pensado todo, él será nuestro primer presidente, nuestro primer Khan de la nueva Siberia…, y tú y yo estaremos a su lado en los mejores tiempos.

—Pero yo no soy siberiana, Turjik.

—Lo serás. —Él la abrazó por la cintura, ignorando la pistola que Henrietta seguía empuñando—. Serás pronto una siberiana, y todavía lo serás más cuando seas madre de pequeños siberianos…

La atrajo, y la besó en la boca. Henrietta Palmer podía haberle metido a Turjik Shado diez balas en el vientre, vaciando el cargador de su pistolita especial, pero permaneció inmóvil, dejándose besar. Había en aquella parte de Walker Hill un silencio delicioso, y la luna parecía convertir todo en un cuadro encantado. Tal vez sí que la doctora Palmer estaba dormida y soñando en su apartamento de la ciudad de Nueva York…

—Tenía la esperanza —susurró Turjik, tras separar su boca de la de ella— de que tú también me amases, pero ya veo que no es así: jamás hubiese podido imaginar un beso tan frío, Henrietta.

—No ha sido un beso, por mi parte. Tú me has besado a mí, no yo a ti. Y te diré por qué: ¿cómo puedo saber que no me estás engañando, que no eres un espía, incluso quizá ruso, que está sometiéndome a una estratagema para dominarme, para… manipularme a tu conveniencia? ¿Cómo sé que tan siquiera existe Bulba Khan…? ¿Cómo puedo estar segura de que no me estás

engañando? No soy ya ninguna niña, Turjik, y temo… que conozco bastante bien a los hombres. Tú podrías perfectamente estar engañándome, ¿no es cierto?

—Sí, podría, efectivamente. Pero no es así.

—¿No? De acuerdo, quizá no lo sea, pero te diré una cosa: llévame a ver a ese Bulba Khan, déjame hablar con él, y entonces te creeré. Y cuando te crea, y me haya convencido de que estás siendo sincero conmigo, pondré los medios para que Leonid Zigel no deba preocuparte nunca más.

—¿Lo harías? —exclamó Turjik.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque yo también… siento por ti algo… No, por favor, ahora no, Turjik —lo apartó suavemente—… No tengo por qué ser insincera: también me he enamorado, pero la idea… de que me estés engañando me… me enfría, me causa una especie de agarrotamiento… ¡Quisiera sinceramente que no me estés engañando!

Turjik Shado acarició con delicado gesto la mejilla de Henrietta.

—Te llevaré a ver a Bulba Khan —susurró.

* * *

—¡La llevará a ver a Bulba Khan! —exclamó Aldeman—. ¡Maldita sea mi estampa, no sé cómo puedo creer lo que me está contando!

—¿Y adónde la llevará? —inquirió Prince, que, como Aldeman, estaba en pijama y bata, a aquella hora próxima a las dos de la madrugada—. ¿Dónde está ese Khan?

—¿Dónde ha de estar? —sonrió Henrietta—. En Siberia.

—En Siberia —repitió Aldeman, alucinado.

—¿Va a ir usted a Siberia con ese hombre? —exclamó Prince.

—Por supuesto. Por nada del mundo me perdería conocer a Bulba Khan.

—Pero… pe-pero… ¡la pueden matar!

—Para matarme no tiene ninguna necesidad de llevarme a Siberia.

—Pero… ¡pero usted no puede ir sola allá!

—¿Por qué no? —Alzó las cejas Henrietta—. Vamos, caballeros,

no se dejen engañar ustedes también por mi cometido de doctora especialista en neurocirugía. Precisamente, de lo que menos entiendo yo es de neurocirugía. Tal parece que ustedes están olvidando lo que soy realmente. Quizá nos estamos tomando todos muy en serio nuestras falsas personalidades y cometidos dentro de esta embajada que es un nido de la CIA.

—Sí, bueno, ya, ya —asintió Aldeman, pasándose una mano por la frente—… Tiene razón, pero… ¡eso puede ser muy peligroso!

Los dos hombres se quedaron mirando fijamente a la doctora Palmer, que encendió un cigarrillo y les sonrió. Ella se había sentado en la butaca del despacho de Aldeman, y éste y Prince permanecían de pie al otro lado de la mesa, desgreñados pero ya en absoluto soñolientos.

Aldeman encendió también un cigarrillo, y movió afirmativamente la cabeza.

—Está bien —murmuró—… De acuerdo, se va a usted a Siberia. Pero ¿cómo? Porque Siberia está aquí al lado, pero qué le voy a decir de su extensión… Bueno, en Siberia pueden desaparecer divisiones enteras de tropas, así que imagínese una sola persona. ¿A qué parte de Siberia va?

—No tengo la menor idea.

—Pero sabrá al menos cómo va a ir allá.

—Tampoco. Turjik me ha dicho que pasará a recogerme a las nueve de la mañana, y eso es todo lo que sé.

—¡Pero usted debería… haberse interesado más por todo eso!

—¿Qué más da? Lo importante es llegar a Siberia, ¿no? Y conocer a ese Bulba Khan. Lo demás me es indiferente, aunque… ¡Cielos! ¡Espero que no se le haya ocurrido a Turjik que tomemos el Transiberiano! ¡Sería absolutamente encantador!

Capítulo V

—Entonces… ¿no vamos a viajar en el Transiberiano? —se decepcionó Henrietta.

—Por el momento, no —la miró un instante el sonriente Turjik, al volante del automóvil—. Pero tal vez cuando las cosas se hayan encauzado podamos hacer un agradable viaje en ese tren, ya que tanta ilusión te hace.

—¡He oído hablar tanto de él…! Pero bueno, como tú dices, ya viajaremos en él en otra ocasión. ¿Cómo vamos a trasladarnos a Siberia, entonces? ¡No me digas que en barco!

—¿Por qué se te ha ocurrido eso? —Se intrigó Turjik.

—Porque estamos viajando hacia el este. He visto las indicaciones de Wonchu y Kangnung. Y si vamos hacia el Mar del Este no es tan difícil suponer que vamos a viajar en barco. Por otra parte, se me ocurre que para ahorrar tiempo y molestias habría sido mejor viajar por la autopista en lugar de hacerlo por carretera normal…

—Deja de hacer cábalas —rió el siberiano—. ¡Pronto vas a saber cómo llegaremos a Siberia!

De repente sacó el coche de la carretera, enfilando un camino a la izquierda de ésta, a los lados del cual casi enseguida quedaron visibles las extensas plantaciones de tierra plana. No tardó mucho Turjik en sacar el coche también del camino y hacerlo rodar por la tierra ya recolectada. En el asiento de atrás, silenciosos y expectantes, iban los gigantes Otoj y Kenyi, que se iban turnando en mirar hacia atrás por el cristal zaguero, sin que hasta el momento hubieran visto nada que les causara inquietud…

La avioneta apareció de pronto de debajo de un pequeño grupo de altos árboles que a Henrietta le parecieron eucaliptus, quedando perfectamente visible al sol, pintada de azul y amarillo. Henrietta miró a Turjik, que le sonrió e hizo un gesto con la cabeza hacia la

avioneta. Ésta rodaba a su encuentro efectuando pequeños rebotes sobre las leves desigualdades del terreno.

—Oh, no —se lamentó Henrietta.

—¿No te gusta volar?

—¡Con eso no se puede llegar a ninguna parte!

—Te convencerás pronto de lo contrario. La única parte del viaje que puede resultar difícil es hasta Vladivostok. Pero una vez allí, una vez en Siberia, no vamos a tener ningún problema…

—Tal vez en Siberia no tengamos problemas —señaló Henrietta el espejo retrovisor exterior de la derecha—, pero yo diría que los vamos a tener en Corea y ahora mismo: nos sigue un coche.

Turjik miró por el retrovisor interior del coche, dijo algo en samoyedo, y los dos gigantes se volvieron a la vez vivamente para mirar una vez más por el cristal de atrás. Kenyi comenzó a hablar excitadamente, Turjik le contestó, intervino Otoj…

La avioneta y el coche seguían acercándose una a otro mientras los tres siberianos discutían tan acaloradamente.

De pronto Turjik frenó, y miró a Henrietta.

—¡Apéate, pronto!

La doctora Palmer no se hizo repetir la orden. Recogió su maletín de viaje y salió del coche a toda prisa. Turjik también lo hizo, al tiempo que lo hacían Kenyi y Otoj; éstos pasaron al asiento delantero, y aquél abrió el maletero, del cual sacó la única maleta de la doctora Palmer, que estaba mirando hacia el coche que segundos antes había visto por el retrovisor exterior, y que también se acercaba a la avioneta siguiéndoles a ellos cada vez más de cerca.

Turjik entregó las llaves a Kenyi, que estaba al volante, y dijo a Henrietta:

—Corramos hacia la avioneta.

—Pero… ¿y ellos? —Miró Henrietta a los dos gigantes.

—¡Ya vendrán…, si pueden!

El terreno era aceptable para ir en coche, pero duro para caminar con el calzado de la doctora Palmer, pese a lo cual ésta casi consiguió correr hacia la avioneta, que se había detenido a unos cien metros, pero sin parar su hélice. El coche de Turjik estaba maniobrando ahora, gobernado por Kenyi, que le dio la vuelta y salió disparado hacia el coche tan sorpresivamente aparecido tras ellos.

Sin dejar de correr, la doctora Palmer fue volviendo la cabeza para ver lo que ocurría…

—¡No te distraigas! —gritó Turjik—. ¡Corre! ¡Ellos arreglarán eso!

Henrietta continuó volviendo la cabeza, y así fue viendo, como en cortos e interesantes episodios, lo que ocurría: el otro coche se había detenido, y de él se había apeado un hombre, que extendió el brazo derecho… El sol se reflejó en su pistola, y diluyó la breve intensidad del fogonazo del disparo.

Ya a menos de veinte metros de ese coche y del hombre que acababa de disparar, el coche conducido por Kenyi recibió el impacto de la bala en el parabrisas, que se convirtió en una telaraña como confeccionada con diminutos diamantes, impidiendo a Kenyi toda posibilidad de ver ante él. Otoj resolvió el problema pegando un puñetazo al cristal, que saltó hacia el exterior, desmenuzado.

Por el hueco, los dos siberianos vieron el otro coche, y, tras el parabrisas, el sobresaltado rostro del hombre que estaba al volante, contemplando con ojos desorbitados su aproximación. Otoj y Kenyi se sujetaron bien, los coches chocaron de frente con tremendo crujido y estallido de cristales, y, al instante siguiente, Otoj y Kenyi salían del coche, empuñando el primero una pistola, con la que apuntó al hombre que les había disparado antes, y que ahora, lívido, se disponía a hacerlo de nuevo.

Y lo hizo.

Su disparo sonó como un seco trallazo en la quietud del campo, y Otoj emitió un sordo bramido de paquidermo herido, pese a lo cual él también disparó contra el hombre, casi al mismo tiempo que lo hacía Kenyi. El antagonista de ambos gritó, saltó hacia atrás como queriendo alcanzar el cielo con los pies, y cayó de cabeza sobre la removida tierra, quedando inmóvil. Dentro de su coche, su compañero yacía caído ahora de bruces sobre el volante, con una pierna y cinco costillas rotas y sangrando por una brecha en la frente.

Otoj y Kenyi echaron a correr hacia la avioneta, mascullando maldiciones siberianas el primero, que iba dejando goterones de sangre, pese a intentar tapar con la mano izquierda el boquete que la bala había hecho en su costado derecho. Para entonces, Henrietta y Turjik terminaban de subir a la avioneta, y ella se apresuró a

mirar hacia los dos coches, viendo a los dos gigantes corriendo hacia la avioneta. Turjik la agarró de un brazo y la hizo volverse hacia él, casi con violencia.

—No eran americanos, ¿verdad? —jadeó.

—¡Claro que no! —aseguró Henrietta.

—Bien… Entonces eran rusos. Pero no de los que al parecer son conocidos en Seúl, sino unos que han debido de llegar nuevos, para sustituir a los anteriores. ¿Se dio cuenta la CIA de que todos los agentes de la KGB habituales en Seúl habían desaparecido?

—Algo… algo de eso oí…

—Pues lo hicieron para desorientarnos a todos, pero no abandonaron el campo, sino que retiraron a los agentes conocidos y colocaron unos nuevos en la plaza. Por eso han podido seguirnos…, y quizás intenten algo en vuestra embajada. Aunque no creo que se atrevan. Vamos a sentarnos.

Apenas habían tenido tiempo de ocupar dos de los seis asientos de que disponía la avioneta cuando llegaron Kenyi y Otoj, que subieron a bordo y cerraron la portezuela. Kenyi corrió hacia la cabina del piloto, y Otoj fue a dejarse caer en uno de los asientos, sangrando profusamente. Henrietta hizo un gesto para acercarse a él, pero Turjik la detuvo.

—¡Ahora no! ¡Vamos a despegar!

Kenyi regresaba mientras la avioneta comenzaba a rodar, dando saltos y bandazos, hasta que de pronto sus ruedas dejaron de tocar tierra, y el vuelo se convirtió en un desplazamiento vibrante que pronto se suavizó y alcanzó la categoría de dulce.

Muy pronto alcanzó una altura superior a los tres mil pies, y estabilizó su vuelo.

Henrietta señaló su maletín, y dijo:

—Es un maletín de viaje, pero siempre encontraré algo para curar la herida de Otoj. ¿Puedo?

—Naturalmente —murmuró Turjik—. Vamos a ver qué pasa.

No pasaba nada especial. Otoj tenía una bala alojada en el costado, y la doctora Palmer se la extrajo, utilizando como pinzas unas que habían sido concebidas para depilar cejas y utilizando como desinfectante unos chorritos de lavanda. Terminó la cura colocando unos apósitos de gasa y sujetándolos con tiras de esparadrapo color carne que también llevaba en el maletín. Cuando

terminó miró a Otoj, que no se había quejado ni una sola vez y la miraba ahora sonriente. El siberiano dijo algo, y Henrietta pidió a Turjik la traducción.

—Ha dicho —sonrió Turjik— que ahora tienes un amigo *evenki*.

—¿Y eso qué significa?

—Un *evenki* es un nativo de la *taiga* siberiana. Otoj es además un *taiozbnik*, un corredor o experto de la *taiga*, gente que sabe aprovechar todos los recursos del terreno, por inhóspito que sea. Y lo mismo Kenyi… Suelen ser personas poco sociables, les gusta permanecer en sus bosques.

—Pues no deja de ser chocante que incluso sepan conducir un coche y utilizar pistolas.

—Los tiempos cambian —murmuró Turjik—… Otoj y Kenyi llevan mucho tiempo con Bulba Khan, y cuando éste les dijo que tenían que aprender algunas cosas para favorecer a Siberia, ellos, simplemente, las aprendieron…, pero en el fondo son y serán siempre unos *evenki*, y todavía más unos *taiozbnik*.

—Pero apostaría a que les gusta el champán y la televisión —murmuró Henrietta.

Turjik rió, preguntó a los dos siberianos, y éstos asintieron con sonriente entusiasmo. Pero era normal. ¿A quién no le gusta el champán?

Cuando vinieron a darse cuenta estaban volando sobre el mar; y antes de que hubieran transcurrido dos horas la veloz avioneta se disponía a aterrizar en Vladivostok. Turjik confiaba en que no iban a tener problemas, y así fue. Los dos rusos que les habían seguido en Corea no habían quedado, ciertamente, en disposición de avisar lo ocurrido, de modo que la avioneta, con registros de la Unión Soviética, no tuvo traba alguna para aterrizar y repostar. Ni tampoco para despegar, por supuesto, y emprender la ruta del oeste.

Estaba clarísimo que los rusos de la KGB habían quedado desconectados del asunto, y en cuanto a la CIA se podía decir lo mismo, con la excepción de que ésta mantenía el pequeño contacto que significaba la doctora Palmer, viajera en una pequeña avioneta que estaba ya sobrevolando Siberia, el territorio más enorme y todavía más imprevisible del mundo.

Todavía, mientras estuvieron volando hacia el norte con el fin

de evitar ocupar espacio aéreo chino, la doctora Palmer tuvo un cierto control de la ruta. Pero después de repostar en Jabarovsk y hacer acopio de reserva de combustible la doctora americana perdió dicho control y hasta el interés por conservarlo.

Sabía que iba a algún lugar de Siberia, y cuando llegase sabría qué lugar era ése.

Así de sencillo.

* * *

—El lago Baikal —señaló Turjik—… El más profundo del mundo y el que tiene la reserva ictiológica más importante. Desembocan en él exactamente trescientos treinta y seis ríos, y su profundidad es de mil setecientos metros.

Henrietta Palmer asintió.

Había perdido la cuenta de los kilómetros recorridos, de las veces que habían aterrizado y despegado, de las montañas, montañas, montañas, montañas por todas partes que había estado viendo. Estaba anocheciendo, y los rojos rayos del sol se quebraban sobre la superficie del lago Baikal en destellos que parecían de fuego.

Poco después, en la distancia, apareció un punto de luz, que Turjik también señaló.

—Irkutsk. Más allá están Angarsk y Cheremkhovo, y hacia el norte, Bratsk. Nosotros pasaremos la noche en Irkutsk, y por la mañana seguiremos el viaje. Por la tarde podrás conocer a Bulba Khan, que nos está esperando en su casa de Tura, al norte, muy al norte.

En Irkutsk, lugar fascinante y absolutamente nuevo para la doctora Palmer, había nieve, y parecía que la oscuridad presagiase un fin del mundo sombrío. Pero bien pronto se dio cuenta de que la ciudad era amplia, hermosa, y con sectores muy modernos. En un viejo automóvil Povieda cuyo funcionamiento constituía un pequeño milagro, cruzaron parte de la ciudad y llegaron a una casa donde pasaron la noche, sin problema alguno de frío, gracias a la calefacción eléctrica, barata en la zona.

No muy lejos de allí (siempre según el sentido siberiano de las distancias) estaba Krasnoyarsk, palabra que en ruso arcaico significa

«bello barranco» o «barranco rojo», a elegir. Cerca de Krasnoyarsk está la central hidroeléctrica que genera la fuerza motriz más importante del mundo, construida aprovechando una estrecha garganta que ha creado un lago de casi cuatrocientos kilómetros de longitud. Para construir esa presa casi cincuenta mil personas tuvieron que ser evacuadas de la zona, pero se les construyó una ciudad llamada Divnogorsk, o sea, «ciudad de las montañas maravillosas», pues fue construida en sucesivas terrazas de una montaña desde las cuales se domina la presa y el lago artificial…

La doctora Palmer durmió espléndidamente en Irkutsk, y no le importó madrugar, aunque protestó cuando salieron de la casa y quedó sometida al tremendo frío del exterior. Envuelta en una manta en el asiento trasero del Povieda, recorrió a la inversa el trayecto de la noche anterior. En la avioneta todo estaba dispuesto para la segunda y última etapa, y, todavía amaneciendo, el aparato despegó, transportando a unos risueños Otoj, Kenyi y Turjik que bromeaban con la doctora americana, que seguía envuelta en su manta.

—Esto no es nada —dijo Turjik—… Espera a llegar a Tura, la capital del distrito de Evenkie. Allí, en invierno, la temperatura desciende a más de cincuenta grados centígrados bajo cero.

—¡Pero estamos en primavera! —Casi sollozó Henrietta, para hilaridad de Turjik, que se contagió a los dos gigantes—. ¡Oh, Dios mío, si llego a saber esto no vengo! ¡Odio el frío!

—Esto de ahora no es frío —dijo Turjik.

La avioneta viajaba hacia el norte, hacia la enorme *taiga*, bosques interminables donde hay animales de pieles preciosas, hacia terrenos donde el carbón está a la vista, y donde posiblemente hay gas, petróleo, y con toda seguridad cobre, estaño u otros minerales fuente de riqueza en el mundo moderno… Bajo la avioneta se extendía ahora la Meseta de Siberia Central, por la que discurrían los afluentes del Yenisey, formando una de las cuencas fluviales más ricas del mundo, con desembocadura en el Mar de Kara.

Durante buena parte del vuelo no vieron nieve, pero ésta reapareció a medida que avanzaba el día y se iban acercando a Tura, enclavada en breves montañas muy cerca del Círculo Polar Ártico. Cuando Tura apareció la nieve era la visión más normal en

picos dispersos, pero el día era hermoso, y el sol convertía el aire en radiante resplandor.

En el aeropuerto de Tura, pequeña localidad enlazada con importantes ciudades soviéticas por líneas aéreas regulares, un sorprendente coche de caballos esperaba a los viajeros. El auriga, un enorme *evenki* bigotudo y solemne, que conversó brevemente con Kenyi, Otoj y Turjik, no tenía ni pizca de frío y sus pequeños ojos negrísimos contemplaron con irónica benevolencia a la rubia extranjera, que casi gritó de alegría cuando fue obsequiada con un fantástico abrigo de blancas pieles y unas botas del mismo material, prendas todas que se apresuró a ponerse.

La tarde era hermosa. El sol comenzaba a ponerse cuando Henrietta Palmer llegó a la casa donde les estaba aguardando Bulba Khan, el hombre que había concebido el Gran Proyecto de entregar Siberia a los siberianos.

Capítulo VI

Bulba Khan medía dos metros y diez centímetros, pesaba ciento sesenta kilos, llevaba la cabeza completamente rapada, alardeaba de largos bigotes a estilo mongol, y tenía los ojos más pequeños, móviles, escrutadores, vivaces y hasta inteligentes que la doctora Palmer había visto jamás. Era una montaña humana envuelta en pieles, un gigante de las estepas, un ser absolutamente increíble que, al parecer, hablaba samoyedo, kantchadal, koricko y hasta kuriliano, todos ellos dialectos siberianos; dominaba a la perfección el ruso moscovita, y era perfectamente capaz de entender el chino…, pero no sabía más que media docena de palabras inglesas y tal vez una docena francesas.

Así pues, en la presentación Turjik Shado tuvo que hacer de intérprete entre el enorme siberiano y la doctora americana. ¿Había tenido ella un buen viaje? Se alegraba mucho de que así fuera. ¿Deseaba alguna cosa que a él no se les ocurriese ofrecerle? Podía pedir lo que deseara, estaban a su disposición. ¿El agente ruso de la KGB había dicho algo a los americanos? Ah, era verdaderamente afortunado el hecho de que el ruso se hallara en estado de coma desde que fue recogido malherido en la embajada. ¿Realmente la doctora americana aceptaba apoyar la causa de la Siberia no soviética, del Gran Proyecto de los siberianos? ¿Sabía la CIA con cuartel general en la embajada de Seúl que ella estaba ahora en Siberia? ¿Y qué les diría ella cuando regresara a Seúl, qué les hablaría de Siberia, de Turjik, de él mismo, de Bulba Khan?

Porque lo seguro era que ella no podría y hasta tal vez no querría mentir a los americanos, ¿verdad? Pero suponiendo que quisiera mentirles por «afecto» personal a Turjik y apoyo a la causa siberiana… ¿qué les diría, cómo explicaría su viaje a Siberia?

—Pregúntale si no se le ha ocurrido pensar que los Estados Unidos de América podrían quizás ayudarle en su Gran Proyecto —

murmuró Henrietta.

Turjik pasó la pregunta a Bulba Khan, y luego la respuesta de éste:

—Dice que no quiere tratos con los americanos, porque vosotros siempre pasáis factura.

—Entiendo. En cualquier caso, si se pone a reflexionar terminará por comprender que la CIA, y los Estados Unidos, no van a tener interés en ayudar a Moscú a retener Siberia. Una división tan importante del poderío soviético por fuerza terminaría por beneficiar a los Estados Unidos, de modo que ya que no quiere contar con la ayuda de mi país puede contar al menos con nuestro silencio sobre su Gran Proyecto.

—Entonces… ¿estás ya convencida de que no te he mentido?

—Claro que estoy convencida. Pero me gustaría saber más cosas del Gran Proyecto.

Turjik tradujo para Bulba Khan, el cual agradeció la promesa de silencio por parte de los americanos, pero se negó absolutamente a facilitar la menor información sobre el Gran Proyecto. Pese a lo cual se mostró sumamente amable con la rubia doctora americana, y con la que, siempre con Turjik como intermediario, conversó unos minutos más, haciendo algunas preguntas realmente chocantes sobre Estados Unidos, que incluso hicieron reír a Henrietta… Lo cual encantó a Bulba Khan, cuyos ojos perforantes se iban animando a medida que parecía ir reparando en que la mujer de blanca piel dorada de sol no era en absoluto vulgar, ni en inteligencia ni en belleza.

—Entonces —tradujo Turjik como para terminar la entrevista—, ¿podemos contar con tu ayuda para eliminar al ruso Zigel?

—Dile a Bulba Khan que si en algún momento el espía ruso fuera a decir algo, yo lo impediría, fuese como fuese. Asegúrale que ni por mi parte ni por parte de la CIA los rusos no tendrán noticia alguna sobre el Gran Proyecto siberiano.

La respuesta de la doctora Palmer satisfizo muchísimo a Bulba Khan, que la obsequió con una anchísima sonrisa de su enorme rostro de luna llena con bigotes.

—Bulba Khan —tradujo por último Turjik— tiene que hacer ahora unas gestiones en casa y fuera de casa, y te pide que le disculpes. Mañana estará a tu disposición completamente como

anfitrión. Mientras tanto, su casa es tuya.

—¿Y dónde estarás tú? —murmuró Henrietta.

—Aquí, naturalmente. Hace mucho tiempo que yo vivo con Bulba Khan, él siempre ha sido como un padre para mí.

—Agradécele todas sus atenciones en mi nombre.

* * *

Turjik Shado estaba terminando el último cigarrillo del día cuando la puerta de su dormitorio se abrió, y la doctora Palmer entró rápidamente y volvió a cerrar.

El atractivo y exótico siberiano se quedó mirando fijamente y en silencio a Henrietta, cuyo atuendo consistía en un elegante pijama azul, sin más, pues en la casa de Bulba Khan no faltaba la calefacción. Una casa amplia, rodeada de un más amplio jardín, casi un parque, que sin duda en pleno verano estaría atestado de las hermosas flores silvestres siberianas…

De pronto, ella sonrió.

Turjik dejó el cigarrillo en el cenicero, se acercó a Henrietta, y la abrazó por la cintura.

—Esto sí que es un sueño —murmuró—… Esto sí que es soñar en Siberia, Henrietta.

La doctora americana fue a decir algo, pero el siberiano se lo impidió al besarla en la boca.

Ella se abrazó a su cuello, y correspondió al beso. Las manos de Turjik se deslizaron por la fina tela del pijama, acariciando el cuerpo femenino, percibiendo bajo sus manos las turgentes formas palpitantes. Su reacción masculina alertó a Henrietta, que separó su boca y susurró:

—No… No he venido aquí a esto, Turjik.

—¿No has venido a hacer el amor? —susurró también él.

—No. No es el momento.

—¿Significa eso que en otro momento determinado sí querrás hacer el amor conmigo? ¿Significa que me amas?

—Sí, significa ambas cosas…, pero ahora no podemos dedicarnos a nada personal. ¡Tenemos que regresar a Seúl inmediatamente! Te diría que debemos matar a Bulba Khan, pero me dijiste que es como un padre para ti, de modo que no voy a

pedirte eso.

Turjik la había apartado vivamente, y la miraba a los ojos con expresión de alarma en los suyos; de incredulidad tal vez.

—¿Matar a Bulba…? ¿Por qué? ¡¿Cómo se te ha podido ocurrir eso, y cómo te has atrevido a decírmelo a mí…?!

—Es un asesino. Un fanático y un asesino que está siendo manipulado por alguien… Y ese alguien solamente pueden ser los chinos. El Lien Lo Pou, por supuesto siguiendo instrucciones de Pekin.

—Pero… ¿de qué estás hablando? —jadeó Turjik.

—¡Tenemos que escapar de aquí! —Se impacientó Henrietta—. Vamos a simular que yo he venido a pasar la noche contigo, pero cuando todos estén durmiendo tú y yo escaparemos, iremos a donde está la avioneta, y regresaremos a Seúl. No quiero que a ti te ocurra nada, porque eres diferente a Bulba, no hay maldad en ti… Conozco bien a los hombres como Bulba Khan.

—¿Conoces a Bulba…? Creí que eras doctora en neurocirugía, no en Psicología —replicó con cierto sarcasmo Turjik.

—No soy doctora en nada. Soy agente de la CIA. Y todo esto ha sido un simulacro para conseguir precisamente este contacto.

—¿Me has estado engañando?

—Oh, por favor, Turjik… ¡No tienes ni idea de dónde te has metido, ni con qué clase de gente! Tu querido Bulba Khan no es más que un fanático ambicioso, un asesino que está siendo manipulado por los chinos… ¿Tendré que volver a repetírtelo?

—¿Cómo puedes saber tú semejante cosa?

—¡Acabo de decirte que soy agente de la CIA, y mi experiencia de mucho tiempo no puede engañarme!

Turjik Shado parecía no entender lo que tan claramente le estaba diciendo la doctora americana. La miraba, y eso era todo.

Y justo en el momento en que parecía dispuesto a decir algo se oyeron gritos en alguna parte de la casa. Casi enseguida, sobresaltándolos a ambos, sonó el apagado estampido de un arma de fuego. La reacción de la doctora Palmer fue fulminante: metió la mano por la cintura del pijama hacia el bajo vientre, y dejó pasmado a Turjik al sacar de allí su pequeña pistola.

Se oyeron dos disparos más, gritos, ruido de pisadas elefantíacas. La puerta de la habitación de Turjik se abrió brutalmente, y en el

hueco apareció Bulba Khan, con una pistola en la mano y envuelto en pieles de pies a cabeza, y cubierta ésta con un magnífico gorro. Los pequeños y vivos ojos del enorme siberiano fueron velozmente de Henrietta a Turjik, y comenzó enseguida a hablar excitadamente con éste, mientras fuera se oían más disparos y más gritos.

Cuando Bulba Khan terminó de hablar, Turjik estaba pálido. Empujó a Henrietta hacia la puerta, diciendo:

—Vístete enseguida y recoge tus cosas. ¡Tenemos que marcharnos de esta casa!

—¿Qué está ocurriendo?

—¡Haz lo que te digo! ¡Los rusos nos están atacando!

Una rápida expresión de desconfiado desconcierto apareció en el rostro de Henrietta. Bulba Khan había dado media vuelta, y corría alejándose. Turjik estaba quitándose el pijama a toda prisa, dejando al descubierto un cuerpo de atleta, finamente musculado, fuerte y hermoso. Seguían oyéndose gritos. Henrietta dio la vuelta, y salió del dormitorio, regresando al suyo. Los disparos y los gritos sonaban en el otro lado de la amplia casa. Entró en el dormitorio, recogió sus cosas con rapidez, se quitó el pijama… En el pasillo se oyeron dos disparos, ruido de pies, gritos.

Sin preocuparse en absoluto por el hecho de estar desnuda, la doctora Palmer empuñó de nuevo su pistola, y corrió hacia la puerta… Las pisadas sonaban tan cerca que alzó la pistola y apuntó hacia la puerta…, en la que apareció de repente un hombre alto, fuerte, de largos cabellos rojos y ojos verdosos que se posaron con fuerte impacto en la espía americana, vio la pistola que ésta empuñaba, respingó, alzó su mano derecha armada…

¡Pack, pack!, sonaron ahora claramente en el pasillo los disparos.

El hombre pelirrojo gritó, entró dando tropezones en el dormitorio de Henrietta, soltó la pistola, giró sobre sí mismo, y cayó de espaldas, quedando tendido cara al techo, con los ojos muy abiertos, el rostro crispado en una mueca de dolor.

Bulba Khan apareció en la puerta, miró al pelirrojo, y acto seguido a Henrietta Palmer, que le estaba apuntando con la pistola. El rostro de Bulba Khan pareció sacudido por un terremoto, los ojos parecieron incendiarse…

Junto a él apareció de pronto Turjik, hablando excitadamente.

Al ver a Henrietta desnuda también se quedó mirándola. Por detrás de ambos Henrietta alcanzó a divisar la cabezota de Kenyi.

Finalmente, Bulba Khan consiguió apartar la mirada del espléndido cuerpo femenino, le dijo algo a Turjik, y se alejó.

—Este hombre es uno de los rusos que han entrado en la casa —dijo con voz tensa Turjik—. Tenemos que marcharnos ahora mismo.

Henrietta miró al pelirrojo, que había cerrado los ojos y ya no se movía, ni parecía respirar.

—De acuerdo —dijo la doctora, volviendo a mirar a Turjik—. Me visto en medio minuto.

* * *

La avioneta despegó en plena noche, y enseguida pareció devorada por la oscuridad estrellada. En el aparato viajaban Henrietta, Turjik, Kenyi, Otoj, Bulba Khan, y dos de sus criados; los otros dos, que habían resultado heridos, habían sido enviados a cierto lugar de la *taiga* siberiana a reponerse y esperar instrucciones.

—Llevamos demasiado peso —dijo Bulba Khan—, pero no podíamos dejar abandonado a ninguno de mis amigos.

Lo dijo en perfecto inglés, así que se ganó una lógica mirada sorprendida por parte de Henrietta.

El siberiano se dio cuenta en el acto del error que había cometido, titubeó, y terminó por soltar una carcajada.

—Bueno —dijo moviendo la cabezota rapada y haciendo oscilar los bigotazos de mongol legendario—, no soy el único que está mintiendo aquí, ¿verdad, doctora?

—¿A qué se refiere?

—Turjik me ha dicho que es usted una espía… ¿Eso es cierto?

Henrietta miró vivamente a Turjik, que desvió la mirada. Luego, un tanto pálida, la bella rubia volvió a mirar a Bulba Khan, y alzó la barbilla.

—Sí, es cierto.

—Bien —relucían siniestramente los ojos de Bulba Khan—… Bien, bien… ¡Muy bien! Éste va a ser un viaje interesante, señorita… ¿Palmer?

—No hay necesidad de buscar otro nombre —asintió Henrietta.

—Claro. De acuerdo. ¿Qué más da un nombre que otro? De

modo que una espía… Tiene usted un valor admirable, amiga mía. Espero que su inteligencia esté a la altura de su valor. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Desde luego. Usted quiere hacerme preguntas, y espera de mi inteligencia que las conteste sin necesidad de obligarme a pasar un mal rato.

—Espléndido —destellaron los ojos del siberiano—… ¡Espléndido!

Bueno, empezaremos por la pregunta más lógica: ¿realmente tienen ustedes vivo a Leonid Zigel en la embajada de Seúl? ¿O está muerto?

Henrietta Palmer apretó los labios. Bulba Khan estuvo unos segundos mirándola sorprendido. Luego se puso en pie, habló con sus criados, y los tres fueron a la cabina de mandos de la avioneta, de la que regresaron un par de minutos más tarde. Uno de los criados fue a la cola del avión, abrió un compartimiento, y comenzó a sacar mantas de piel.

Afuera, la noche parecía de hielo negro. Turjik Shado se mantenía en sombrío silencio.

Faltaba un asiento, pero uno de los criados se envolvió en la manta y se tendió en el piso de la avioneta, con toda naturalidad. Bulba se acercó a Henrietta con una de las confortables mantas.

—El viaje va a ser un poco distinto esta vez: volaremos sólo de noche, de modo que mañana permaneceremos escondidos todo el día, y sólo a la noche reanudaremos el viaje. Espero estar en Seúl antes del amanecer de pasado mañana.

—O sea —pareció protestar Henrietta—, que no voy a viajar en el Transiberiano. En fin, ya lo haré en otra oportunidad.

—No creo que tenga usted ninguna otra oportunidad —dijo Bulba, sonriendo perversamente—. Mientras tanto, será mejor que se abrigue: deseo que se halle en perfectas condiciones cuando lleguemos a destino y me ponga en serio a hacerle preguntas.

Le sonrió de nuevo, dejando en la espalda de la espía americana un lento y largo escalofrío, y fue a ocupar su asiento. Henrietta Palmer miró al hermético Turjik, se envolvió bien en la manta, y se dispuso a dormir. No parecía que se pudiera hacer otra cosa, durante aquel viaje que se presentaba largo y aburrido…

* * *

El viaje y el aburrimiento terminaron treinta horas más tarde, conforme a los horarios previstos por Bulba Khan, y, en efecto, tras permanecer durante todo el día pasado oculto en un diminuto aeródromo de un lugar de Siberia respecto al cual Henrietta se preguntó si los rusos tenían alguna noticia.

La personalidad de Bulba Khan se iba definiendo más y más. Era un hombre inteligente, culto, extrovertido, casi divertido. Había bromeado con la prisionera y con sus hombres, y había pasado buena parte del viaje dándole palmadas en la espalda y en las rodillas al silencioso Turjik Shado, que no parecía en absoluto satisfecho de la vida.

—¿Por qué estás tan preocupado? —conversaba con él en inglés, para que Henrietta se enterara—. Hemos sido localizados por los rusos, pero eso era natural, después de que el enviado de Kio Tsu se moviera tan torpemente por Siberia en su viaje anterior. En cualquier caso, hemos escapado, y ahora vamos a liquidar a Zigel en Seúl, y entonces nadie sabrá nada del Gran Proyecto… Y te diré más: sigo pensando que Zigel murió, y ya verás cómo la señorita Palmer nos lo confirma cuando la interrogue en el lugar y en las condiciones adecuadas. Aunque tal vez para entonces haya reflexionado y no tengamos necesidad de lastimarla. ¿Qué dice a eso, señorita Palmer?

—Tenemos a Zigel vivo en la embajada.

—¿Sí? ¿De verdad? Pues lo siento por la embajada.

Esta última frase había dejado muy preocupada a Henrietta, que no se sintió precisamente feliz cuando terminó el viaje. La avioneta había aterrizado en un campo plano, guiada por las luces de cuatro linternas solamente, y ahora, ya todo en silencio, los viajeros se disponían a desembarcar. Nada más ser abierta la portezuela de la avioneta Henrietta supo que estaban lejos de Siberia, posiblemente en Corea. El aire, el aroma del mar, le sugirieron primavera.

—Estamos muy cerca de Seúl —dijo Bulba, como adivinando sus pensamientos—, pero para usted como si estuviéramos en la Luna. ¿No lleva ninguna otra arma?

—No.

—Pronto lo sabremos —aseguró Bulba Khan.

Saltaron todos de la avioneta, cerca de la cual había una amplia y destartalada camioneta, a la que fueron subiendo, en silencio. Cuando todos estuvieron dentro las puertas de atrás fueron cerradas. La avioneta estaba despegando, y muy pronto se había perdido, sin luces de ninguna clase, en la oscuridad de la perfumada noche coreana.

La camioneta se puso en marcha, rebotando sobre el terreno. Llevaba todas las luces apagadas, por lo que resultó evidente que el conductor, un chino con la cara marcada de viruela, conocía perfectamente el camino. El viaje ni siquiera duró diez minutos. Cuando la camioneta se detuvo las puertas de atrás fueron abiertas por alguien desde el exterior. Cuando saltó de la camioneta Henrietta Palmer vio al viejo chino que la contemplaba con inocultable curiosidad, incluso con profundo interés, y comprendió que, realmente, salvo que tuviera una de sus geniales ideas salvadoras, las cosas se le iban a poner muy difíciles. Y se convenció definitivamente de ello cuando oyó a Bulba Khan diciendo:

—Llevadla a una de las celdas y dejadla allí desnuda. Ya me encargaré de ella en cuanto todo lo demás esté preparado.

Aparecieron algunos chinos más. Henrietta Palmer fue empujada hacia la edificación ante la cual se hallaba detenida la camioneta, y que parecía una vieja granja. En alguna parte cantó un gallo más madrugador que los demás, anunciando un nuevo día que todavía era oscuro.

No más oscuro que el futuro de la doctora Palmer, ciertamente.

Capítulo VII

La puerta del cuarto llamado celda se abrió, y entró el viejo chino que había demostrado tanto interés por Henrietta a la llegada de ésta aquella madrugada. Ahora, por detrás del chino se adivinó el resplandor del sol en alguna parte de la casa. No en la celda de Henrietta, cuya ventana estaba cegada con tablones clavados.

Con el viejo chino entraron dos chinos jóvenes, altos, fuertes, y además armado cada uno con una pistola automática. Uno de ellos cerró la puerta, y ambos se quedaron apoyados en ella, mientras Henrietta Palmer, que había estado tendida en un camastro con jergón de paja, se sentaba y cruzaba las piernas, mirando inexpresivamente al viejo chino, que le sonrió.

—Tal vez haya oído hablar de mí —dijo en inglés—: me llamo Kio Tsu.

—Sí. Es usted el agente del Lien Lo Pou al que los rusos llaman Tse-pu.

—En efecto. Es usted una mujer muy valiente, señorita Palmer. Y por lo que he oído bastante inteligente. ¿Qué le parece la gran idea de Bulba, su Gran Proyecto?

—Muy bonito.

Kio Tsu rió quedamente, y se sentó en un taburete que no parecía ofrecer grandes garantías de seguridad.

Desde la puerta, los dos jóvenes chinos armados vigilaban muy atentamente a la espía americana.

—Un proyecto como el de Bulba no puede ser llamado «bonito». Eso le quita seriedad, ¿no cree? Pero vamos a dejar tranquilo a Bulba Khan y hablemos de usted. ¿Hace mucho tiempo que se dedica al espionaje?

—Bastante. Creía que iba a ser Bulba Khan el encargado de interrogarme.

—Oh, sí, él no tardará en venir con sus preguntas. Pero antes he

pensado en hacerle las mías. Es que, señorita Palmer, según las respuestas que usted dé a mis preguntas las cosas pueden cambiar mucho. Por ejemplo, si usted es una valiente pero simple agente de la CIA mis planes van a seguir adelante. Pero si usted fuese… alguien especial me temo que tendría que hacer algunas modificaciones.

—No soy nada ni nadie especial.

—¿Realmente? A mí se me hace difícil creer que una mujer tenga el valor que ha demostrado usted ofreciéndose como carnaza en este cebo de la CIA, así que no puede ser una mujer corriente. ¿Me comprende?

—No —sonrió Henrietta Palmer.

—Pues es lamentable. Mire, en realidad yo no necesito esperar a que Bulba le haga sus preguntas para saber que Leonid Zigel está muerto. Tal como han ido las cosas no puede ser de otra manera. Pero bueno, usted quería llegar hasta el centro del asunto, y lo ha conseguido. Ha demostrado valor, poder de persuasión, inteligencia… Vamos, señorita Palmer, hablemos en serio, ¿quiere?

—Yo siempre hablo en serio.

—Me alegra saberlo. Entonces… ¿Zigel está muerto?

—Sí.

—Lo recogieron ya muerto, ¿no es así?

—Sí.

—Bien. Y usted fue el cebo para que nosotros, al querer recuperarlo creyéndolo vivo, nos pusiéramos en evidencia. ¿Sí?

—Sí.

—De acuerdo. Usted habló con Turjik Shado, y luego estuvo en su embajada. Por lo tanto, sus compañeros de la CIA que están instalados allí saben lo que está ocurriendo, conocen el Gran Proyecto… Digamos que no saben exactamente de qué modo pensamos realizarlo, pero saben que existe ese Gran Proyecto. ¿Es así?

—Así es. De modo que fueron los hombres de usted los que persiguieron y mataron a Zigel, porque éste había sabido algo de esto.

—Cierto. Lo sorprendimos en mi casa de Seúl, escuchando una conversación entre uno de mis hombres, recién llegado de entrevistarse con Bulba en Tura, y yo. Zigel fue de una audacia

increíble al entrar en mi jardín, escalar el tejado, descolgarse luego hasta una ventana… Estos rusos se están convirtiendo en una verdadera molestia.

—¿Y por eso China quiere acabar con ellos? —deslizó Henrietta.

—¡No diga barbaridades! —rió Kio Tsu—. ¿Cómo podríamos los chinos acabar con los rusos?

—Desmembrando la Unión Soviética, de tal modo que quedase tan debilitada que tal vez los Estados Unidos de América le diese el golpe de gracia dejándola convertida en una nación raquítica… a la que China ya no debiera temer ni respetar. Y el mejor modo de conseguir eso es empezando por Siberia. Ustedes están dirigiendo a Bulba Khan para que éste se convierta en el gran líder siberiano y dirija la gran revuelta en Siberia, pero Bulba Khan no es más que un muñeco del Lien Lo Pou.

—Señorita Palmer: es un placer conversar con usted.

—¿Cómo es posible que esperen ustedes conseguir separar Siberia de Rusia? El Ejército ruso…

—El ejército ruso no nos preocupa: va a sufrir un duro golpe, tras el cual posiblemente sus aliados forzosos europeos aprovechen la ocasión para desembarazarse de la presión comunista.

—¿De qué está hablando ahora? —exclamó Henrietta.

Kio Tsu, o Tse-pu, reflexionó unos segundos, y cuando finalmente parecía dispuesto a contestar sonó la llamada a la puerta, que fue abierta por uno de sus jóvenes guardianes.

Bulba Khan y Turjik Shado entraron en la improvisada celda, y el primero, al contemplar la bella desnudez de Henrietta, entornó los párpados al tiempo que hacía un gesto con la boca.

Turjik seguía mostrando una expresión nada satisfecha, y su mirada a Henrietta pareció más bien rencorosa.

—Ah, Kio Tsu —murmuró Bulba Khan—… ¿Has venido a gozar del bello espectáculo que es nuestra prisionera?

—No —rechazó el chino—. A mi edad las pocas energías que me quedan las dedico a otras cosas.

—Eres afortunado —rió Bulba—… ¡Mi querido Turjik no puede hacer otra cosa más que pensar en esta mujer! Pero eso no es problema, porque la va a tener. Y cuando él se haya cansado, la tendré yo.

—¿No debería ser al revés? —sugirió Kio Tsu—. ¿Primero tú y

luego él?

—Turjik es mi amigo bienamado, casi mi hijo… No le haría eso a él, ni por la mujer más hermosa del mundo. Esperaré a que se canse de ella, y entonces… Pero eso será en su momento, Kio Tsu. Ahora, en cuanto tú me lo permitas, tengo que conversar con la señorita Palmer.

—Ya no es necesario —dijo el chino—. Hemos estado conversando muy razonablemente, y puedo resolver yo mismo tus dudas. Por ejemplo, he sabido que Leonid Zigel murió sin poder decirles nada a los americanos, de modo que todo ha sido una trampa de éstos en la que la señorita Palmer ha sido el cebo. Una mujer muy valiente, sin duda. Yo me atrevería a pensar que es…

—De modo que todo ha sido una trampa —jadeó furiosamente Bulba.

—Claro. Era previsible, aunque también cabía la posibilidad de que todo fuese cierto y tuvieran a Zigel vivo…

—Y tal vez lo tengan —dijo Bulba Khan—. Tal vez la trampa sea decir que murió sin poder decir nada.

—Tal vez —admitió Kio Tsu—, pero eso ya no serviría de nada, pues aunque estuviese vivo y hubiera oído muchas cosas, y pudiera decírselas a los americanos, éstos no sabrían más de lo que ya saben… después de que Turjik le explicó las cosas a la señorita Palmer y ésta, claro está, se apresuró a explicárselas a sus compañeros de la CIA metidos en esa madriguera que es la embajada. ¿Correcto, señorita Palmer?

—Correcto —sonrió la rubia espía.

—Bueno —reflexionó Kio Tsu—, puesto que Zigel está muerto, y los rusos que nos atacaron en Tura no consiguieron su objetivo, podemos estar tranquilos en ese sentido: la KGB continúa ignorante del Gran Proyecto. Pero no así los Estados Unidos de América… los cuales probablemente no se molestarán en avisar a Moscú del asunto de Siberia. Y menos cuando los rusos bombardeen la embajada americana en Seúl, enfadados porque los yanquis tienen a uno de los suyos, Leonard Zigel, y no quieren devolverlo.

—¿De qué está hablando? —Palideció Henrietta.

—¡Ah! ¿No sabía usted que los rusos se disponen a bombardear la embajada americana en Seúl?

—¡Claro que no! ¡Y no puedo creer semejante cosa!

—¿De veras? —Se pasmó Kio Tsu—. ¿Por qué no?

—¡Es una locura!

—¿Y qué?

—¡Eso no puede ser cierto!

Bulba Khan rió burlonamente, y la mirada de Henrietta pareció dispararle dardos envenenados, lo que hizo reír todavía más al gigantesco siberiano… Pero su risa se le truncó bruscamente cuando la señorita Palmer, de modo totalmente inesperado, saltó de la cama velozmente, y pasando junto al menudo Kio Tsu se plantó ante el enorme Bulba, y, con una rabia infinita, le aplicó un tremendo puñetazo en la zona genital.

Era un puñetazo mortal, y por un momento pareció que, en efecto, Bulba Khan hubiese muerto en el acto, pues quedó pálido, inmóvil, con una tremenda agonía reflejada en su rostro de luna llena con bigotes… Pero de pronto, y al mismo tiempo que todos los presentes se movían hacia Henrietta, Bulba inició el tremendo alarido que brotó de lo más profundo de sus entrañas, mientras, dando un paso atrás, se llevaba las manos a la zona golpeada, y, finalmente, comenzaba a caer sentado.

El más rápido de todos fue Turjik Shado, precisamente el hombre del que menos esperaba un ataque la espía americana, y, justamente por eso, el que la pudo sorprender realmente y causarle verdadero daño: el puñetazo de Turjik la alcanzó en pleno vientre, con tal fuerza que casi la alzó del suelo y la derribó sobre la cama. En aquel momento Bulba terminaba de caer sentado, bramó de nuevo su dolor, y acto seguido aulló:

—¡La voy a matar!

Casi inconsciente debido al tremendo puñetazo recibido Henrietta veía borrosamente las imágenes, una de ellas, aproximándose, le sugirió la personalidad de Turjik Shado. Era éste, en efecto, que llegando junto a la cama agarró a Henrietta por los cabellos, mascullando:

—No la vas a matar… ¡No la vamos a matar todavía, Bulba, antes tenemos que hacerla gozar… y hacerla sufrir!

Sin fuerzas para reaccionar, la señorita Palmer recibió otro puñetazo que la obligó a encogerse. Y sin transición un golpe en un lado del cuello, aplicado por Turjik con el canto de la mano, que la derribó como fulminada sobre la cama, de bruces, mostrando la

deliciosa belleza de sus piernas, sus nalgas, su encantadora espalda desnuda.

Bulba Khan había conseguido ponerse en pie. Su rostro tenía un color azulado, y sus pequeños ojos parecían dos chispas de fuego del infierno.

—La voy a… La voy a… ¡Ahora mismo la voy a…! —jadeaba.

—No se te ocurra tocarla ahora —se le puso delante Turjik—: estás tan furioso que la matarías, Bulba. Y yo no quiero que muera antes de gozar con ella. Me lo prometiste.

Bulba Khan parecía una vieja locomotora resoplando; el aire se le escapaba por todas partes, talmente parecía que incluso por las orejas. Tenía el rostro descompuesto, perdido el control debido al dolor y la rabia… La suave voz de Kio Tsu contribuyó grandemente a calmarlo:

—Tenemos cosas que hacer más importantes que castigar a una mujer, Bulba. Hagámoslas, y luego, todo en orden y tranquilo, podrás saborear venganza y placer al mismo tiempo. Pero primero hagamos lo que tenemos que hacer. Dejemos a esta mujer encerrada aquí y vamos a terminar el planteamiento y los preparativos. Salgamos.

Capítulo VIII

Turjik Shado se hallaba sentado en el comedor-cocina de la vieja granja cuando entró uno de los chinos al servicio directo de Kio Tsu, y fue a cuchichearle a éste unas palabras al oído. Kio Tsu sonrió levemente, asintiendo, y se puso en pie.

—¿Qué te ha dicho? —inquirió Turjik.

—Que la prisionera ha despertado y está gimiendo y pidiendo agua.

—Yo se la llevaré —dijo Turjik, poniéndose rápidamente en pie.

—Es que yo no iba precisamente a llevarle agua.

—¿Qué quieres decir?

—Esa mujer es una peligrosa espía americana de la que quizá tú no hayas oído hablar nunca. Pero yo sí. Hace muchos años que oigo hablar de ella, y si es quien me figuro no permitiré que sigas en contacto con ella, pues te manejaría como a un muñeco. Será mejor que te quedes aquí.

—Sólo estás diciendo tonterías —dijo secamente Turjik—… Ninguna mujer puede manejarme a mí como a un muñeco.

—Ésta sí.

—¿Por qué? ¿Quién es?

—La agente Baby, de la CIA. Nunca ha sido vencida por nadie, ni siquiera se le han podido ganar pequeñas batallas. Ella siempre gana en todos los enfrentamientos. Es por eso que no estoy tranquilo, y quiero escuchar lo que tenga que decir y luego matarla.

—No permitiré que la mates. Bulba y yo…

—Turjik: no me importa lo que Bulba y tú penséis hacer con esa mujer, y te aseguro que no voy a arriesgar el éxito de mi trabajo sólo para que dos estúpidos siberianos violen a una espía americana. De modo que te vas a quedar aquí quieto esperando que yo tome mis decisiones y las cumpla.

Hablaban en chino, idioma que Turjik dominaba a la perfección;

no había errores, ninguna clase de malentendidos. Y como queriendo dejar las cosas todavía más claras Kio Tsu hizo un gesto, y dos de sus cuatro hombres sacaron sus armas y apuntaron a Turjik. Éste apretó los labios un instante, y acto seguido masculló:

—Diles que guarden las armas. Esperaré aquí que termines tu visita a Henrietta… Sólo te pido que hagas lo posible por no matarla antes de que yo haya satisfecho mi pasión por ella.

—Si me parece que puedo controlar la situación lo haré —dijo el chino tras un titubeo—, pero no confíes demasiado en ello. Quiero que lo entiendas, Turjik: si ella es Baby tenemos que matarla cuanto antes, o anulará el Gran Proyecto, después de ser ella quién nos mate a todos nosotros.

—Es sólo una mujer.

—No —movió la cabeza Kio Tsu—… No es sólo una mujer. No.

Abandonó el comedor-cocina, seguido por los dos chinos jóvenes y atléticos, mientras Turjik Shado quedaba sentado, bajo la mirada impávida de los otros dos chinos a las órdenes de Kio Tsu. Turjik se hallaba solo, era el único siberiano que no había intervenido en la expedición a Seúl con la camioneta y las armas en ésta montadas…

Kio Tsu llegó ante la puerta de la celda de Henrietta Palmer, y a un gesto suyo uno de los jóvenes chinos la abrió, la empujó hacia dentro con la precaución de colocarse a un lado, y, desde el pasillo, los tres pudieron ver a la rubia espía americana tendida en el camastro. Ella tenía vuelta la cabeza hacia ellos, y les miraba con expresión suplicante.

—Agua —pidió—… Por favor, agua…

Kio Tsu entró, seguido de los dos jóvenes, que cerraron tras ellos como la otra vez y se apoyaron en la puerta. Henrietta se sentó en el camastro, delicadamente bella, afectada por los golpes, cuyas señales destacaban en el vientre.

—Solamente he venido a cerciorarme de su personalidad —dijo Kio Tsu—. Sea tan amable de sincerarse en ese sentido, y le prometo darle agua antes de matarla.

—¿Se está burlando de mí?

—¿Por qué dice eso? —se sorprendió Kio Tsu.

—Si me ha de matar… ¿qué me importa que me dé o no me dé agua?

—Ah, ya… Bien, lo que he querido decir es que la mataría sin

causarle mayores sufrimientos. Espero que entienda usted que podría dedicarme a triturarla, pero no tiene objeto. Usted no me interesa, salvo como un trofeo más de mi carrera de espía…, que tiene que culminar con algo grande de verdad, algo… que nadie más haya hecho.

—¿Asestarle un golpe al Ejército ruso, por ejemplo?

Kio Tsu parpadeó repetidamente. Luego se quedó con los párpados entornados, la cabeza ladeada… Sus ojos emitían destellos metálicos, fijos en Henrietta.

—Por ejemplo —susurró finalmente.

—En realidad todos sus planes se concentran en ese punto especial: asestarle un golpe al Ejército soviético. Por supuesto que piensa seguir apoyando el Gran Proyecto que usted mismo debió de meterle a Bulba Khan en esa cabezota de corcho, porque todo lo que sea desintegrar la Unión Soviética a usted le parecerá maravilloso…, pero de modo muy especial desea asestarle un duro golpe al Ejército soviético de un modo directo. Un golpe terrible, tras el cual todo será más fácil para China. ¿No quiere decirme qué golpe va a ser ése?

—Adivínelo, ya que tan inteligente es usted.

—Soy inteligente, pero no tanto —sonrió con desgana Henrietta —… Por ejemplo, usted ha dicho que los rusos se disponen a bombardear la embajada norteamericana en Seúl, y eso me hace comprender que no van a ser los rusos, sino usted y su grupo, pero de modo que parecerá que han sido los rusos. ¿De acuerdo?

—Por completo. En estos momentos Bulba y sus hombres están acercándose a Seúl con la camioneta. Dentro de ésta hay unos morteros de fabricación soviética, con los cuales, y desde una posición de seguridad, lanzarán una tras otra seis granadas especialmente explosivas y rompedoras sobre la embajada americana… Y no pueden fallar, porque la fijación del blanco se va a realizar por medio de computadora. Dentro de una hora la embajada de los Estados Unidos en Seúl será sólo un montón de escombros incendiados.

—¿Con todos sus empleados y visitantes dentro? —Palideció Henrietta.

—Naturalmente.

—Eso es… una canallada horrorosa. Va a morir mucha gente

que no tiene nada que ver con el espionaje. Es usted un criminal repugnante, un…

—¡Vamos! —rió el viejo chino—. ¡Pero si eso no es nada! ¡Espere a lo de Moscú…! Aunque no, usted no estará viva para enterarse de eso. Tal vez lo vea desde el otro mundo, y me admire desde allí.

—Dudo mucho que usted pueda hacer nada que me cause admiración.

—¿Ah, no? —Se acercó Kio Tsu al camastro, crispadas las arrugadas facciones—. ¿Qué se ha creído que es usted? ¡Los demás también sabemos hacer bien nuestro trabajo, los demás también tenemos golpes geniales, los demás no somos unos inútiles, señorita Palmer!

—No me haga reír. Usted es incapaz de pensar algo más allá del planeamiento de unos cuantos asesinatos de personas inocentes.

—¿Sí? ¿Le parecen a usted inocentes los altos mandos del Ejército de la Unión Soviética? Se lo voy a decir, para que esté usted atenta desde el otro mundo a los acontecimientos del día siete de noviembre… ¿Sabe lo que ocurre en Moscú el día siete de noviembre?

—Se celebra el día de la Revolución —murmuró Henrietta.

—¿Y cómo se celebra en Moscú?

—Pues… Bueno, de diversas maneras…

—¡Hay una manera muy especial que tienen los rusos de celebrar su maldito Día de la Revolución! ¡Lanzan todos sus efectivos militares a la calle, los hacen desfilar, alardean de ellos ante todo el mundo…! ¡Ese día, docenas de generales y altos mandos del Ejército ruso se instalan en la Plaza Roja de Moscú, para presenciar el paso de sus efectivos de guerra…! Pues bien: este año, cuando Moscú esté celebrando su Día de la Revolución, veinte misiles van a caer en la Plaza Roja, cinco de ellos especialmente apuntados a los altos mandos militares. ¡La Plaza Roja de Moscú se convertirá en un cementerio que la Unión Soviética llorará durante el resto de su Historia…! Si es que después de eso tiene Historia, cosa que dudo, pues en cuanto mueran sus altos mandos, y el Ejército se encuentre desconcertado, varios países de Europa se prepararán para rebelarse aprovechando la ocasión…, especialmente cuando se enteren de que ese mismo día, en Siberia,

todos los siberianos, al mando de Bulba Khan, se han apoderado de todas las instalaciones militares rusas en Siberia… ¿Y sabe usted, señorita Palmer, quién ha preparado ese plan, quién ha elaborado ese Gran Proyecto?

—No se me ocurre —susurró Henrietta.

—¡Se le ocurre perfectamente! ¡Yo, yo, yo! ¡YO! Yo dirigiré a los siberianos que estarán cerca de Moscú ese día con los proyectiles, yo le diré a Bulba Khan todo lo que tiene que hacer, yo convertiré Rusia en un picadillo, yo liberaré Siberia para que dentro de muy poco tiempo China pueda invadirla y adueñarse de ella… ¡yo habré terminado con la maldita Rusia para toda la eternidad!

—Y con Siberia —deslizó Henrietta.

—¡Qué me importa a mí Siberia!

—A usted no, pero sí a Turjik Shado, que le está escuchando detrás de la puerta.

—¡No sea estúpida! ¡Ese siberiano cretino está al otro lado de la casa, y además es sólo un esclavo de mi inteligencia, igual que esa bestia de Bulba Khan! ¡En cuanto a usted…!

Kio Tsu, no tuvo tiempo de decir que iba a castigar severamente a Henrietta Palmer por haberle tirado de la lengua, por haberlo excitado de modo tan evidente… No tuvo tiempo, porque la señorita Palmer, que ya tenía la información que quería no quiso esperar más, y, poniéndose en pie ante el chino que vociferaba junto al camastro, mostró en su mano el trozo de oxidado fleje metálico que anteriormente había arrancado del camastro… Kio Tsu llegó a ver esto, llegó a ver aquel simple trozo de hierro sucio que ni siquiera le hizo pensar en un arma…

Lo vio, y al instante siguiente, con un fuerte gesto de su brazo, Henrietta Palmer le clavaba el trozo de fleje en el abdomen, al tiempo que gritaba:

—¡Turjik, ahora!

Todo sucedió en menos de cinco segundos.

Kio Tsu lanzó un alarido cuando sintió el dolor del desgarro de sus entrañas producido por el improvisado cuchillo, e intentó retroceder; pero Henrietta no se lo permitió, sujetándole por la ropa, porque sabía lo que iba a suceder a continuación.

Y sucedió. Los dos chinos jóvenes, que habían respingado fuertemente al ver la acción de la espía americana, sacaron sus

pistolas, apuntaron hacia allí y sólo uno de ellos llegó a disparar, porque la puerta de la celda se abrió, y apareció Turjik Shado, pistola en mano, y disparando contra el otro. Este chino recibió el impacto de la bala en la frente, y saltó contra la pared del fondo lanzando su pistola al aire. El otro llegó a disparar contra Henrietta, pero la bala se hundió en el cuerpo de Kio Tsu, que la espía tan previsoramente había retenido y colocado ante ella. Y al mismo tiempo, la encantadora señorita Palmer lanzaba el trozo de fleje oxidado contra el joven chino superviviente.

El trozo de hierro silbó en el aire, y fue a hundirse, de modo escalofriante, en el ojo derecho del chino, que lanzó un berrido espantoso, soltó la pistola, y se llevó ambas manos al rostro. Turjik disparó de nuevo en ese momento, y una mancha de sangre se formó sobre el corazón del chino, que cayó de espaldas muerto en el acto.

La desorbitada mirada de Turjik se desvió hacia la señorita Palmer, que dejó caer el cadáver de Kio Tsu y corrió a arrodillarse junto al primer chino muerto por Turjik, procediendo a quitarle la ropa rápidamente. Todavía en la puerta, Turjik la miraba como alucinado mientras ella se ponía las ropas del chino.

—Yo… no pude soportar la idea de que te mataran —jadeó de pronto el siberiano—… Los dos que me vigilaban se descuidaron, y… y entre sus vidas y la tuya… no dudé ni un momento, Henrietta…

Ésta terminó de vestirse, bien pintorescamente, por cierto, y se acercó al siberiano y le besó suavemente en los labios.

—No me llamo Henrietta —susurró—… Pero ahora no tenemos tiempo para explicaciones. ¿Sabes desde dónde piensa disparar Bulba Khan los proyectiles contra la embajada de Estados Unidos?

—Sí… Sí, lo sé.

—Entonces, vamos para allá. Y por el camino me explicarás lo que quieras…, y yo te explicaré qué pensaba hacer Kio Tsu con tus sueños sobre tu amada Siberia.

* * *

Bulba Khan estaba dentro de la camioneta que parecía provisionalmente estacionada frente a la estación del ferrocarril,

cerca del cruce de Toegye-Ro y Namdaemun-Ro, y, con él, el herido Otoj, Kenyi, y un experto chino encargado de explicar el funcionamiento del sofisticado sistema de disparo infalible de los morteros especiales. La camioneta tenía un dispositivo que se abriría en el momento de los disparos, dejando un amplio hueco en el techo… En la cabina de la camioneta, los dos criados de Bulba Khan esperaban el momento de salir a toda prisa de allí una vez efectuados los disparos. Estaban tan tensos y querían vigilar tanto a su alrededor por si aparecía algún peligro que, precisamente cuando el peligro apareció, no tuvieron la menor posibilidad de afrontarlo con éxito.

Habían visto acercándose, eso sí, las dos bicicletas ocupadas por un hombre que parecía un empleado de oficinas vulgar y corriente, y otro, más alto y atlético, que portaba ropas de campesino y el cónico sombrero para protegerse del sol y la lluvia… Y fue bajo este sombrero que vieron, de pronto, el conocido rostro de Turjik Shado, un instante después de que la bicicleta de éste se detuviera junto a la camioneta. En el asiento contiguo al del volante, el otro siberiano estaba viendo el rostro de la señorita Palmer, atónito.

Quiso reaccionar, y entonces ella, simplemente, alzó la mano derecha y apretó el gatillo de su pistolita. La bala penetró por debajo de la barbilla del siberiano, y se alojó en su cerebro, matándolo en el acto. El otro se dio cuenta de lo que ocurría…, y al instante siguiente, Turjik, asomándose por la ventanilla, le apuntaba a la cabeza con una pistola. Por la otra portezuela, agilísimamente, la señorita Palmer entró en la cabina, y, sin contemplaciones, propinó al petrificado siberiano un golpe en la sien derecha con la culata de su pistolita, privándole del sentido de modo fulminante. Tal parecía que nadie en la calle se había dado cuenta de lo que sucedía.

Henrietta Palmer empujó al siberiano muerto y al desvanecido de modo que quedaron retorcidos entre el asiento derecho y la parte del capó, y Turjik se colocó ante los mandos de la camioneta.

En ese mismo instante se oyó un chasquido eléctrico, y luego un zumbido. Turjik volvió su desorbitada mirada hacia Henrietta.

—Están abriendo la trampilla del techo —jadeó—… ¡Van a disparar!

La señorita Palmer salió rápidamente de la cabina, y se

encaramó al techo de ésta, mientras Turjik lo hacía por el otro lado. Desde aquí, pudieron ver, en efecto, cómo parte del techo de la caja de la camioneta se había desplazado, dejando un hueco en su centro de un metro cuadrado aproximadamente Sin vacilar ni un segundo Henrietta se colocó en el techo de la caja, de modo que asomó al interior de ésta la cabeza y la mano armada con su pistolita, recuperada en la granja.

Dentro, bajo ella, los hombres que había allí listos para proceder a la acción criminal, vieron la sombra por encima de sus cabezas, y alzaron la mirada.

Este es el final

La expresión de Bulba Khan mostró el gran sobresalto al ver el rostro de la señorita Palmer recortándose en el azul del cielo; y enseguida, tuvo una feroz crispación al ver aparecer junto al de la espía americana el de su bienamado Turjik Shado, igualmente armado de una pistola.

—No se muevan —dijo secamente Henrietta—… Les aseguro que voy a disparar contra el que lo haga.

Otoj y Kenyi, que no entendían el inglés, miraban atónitos a Henrietta y a Turjik. Luego miraron a Bulba Khan, que estaba demudado de rabia. Junto a Bulba Khan, el chino encargado de los aparatos y mecanismos de disparo contemplaba a Henrietta Palmer con expresión impávida. Pero de pronto saltó hacia el panel de sofisticados mandos, y…

Y la señorita Palmer disparó.

Plof, sonó el suave chasquido del disparo. La bala le entró al chino por la parte alta del cráneo, y lo fulminó contra los paneles de mando, donde rebotó para caer el suelo ante los pies de Bulba Khan, que continuaba haciendo muecas de furia infinita. De pronto, comenzó a hablar en samoyedo, pero Turjik le interrumpió:

—Tengo que explicártelo, Bulba: Kio Tsu nos ha estado engañando, nos ha estado utilizando para los planes de China, que quería ser dueña de Siberia después de arruinar a la Unión Soviética…

—¡Estás loco! ¡Nadie más será en el futuro dueño de Siberia, sólo nosotros!

—Tal vez lo consigamos, Bulba —dijo Turjik tristemente—, pero no será ahora y de esta manera. Hemos sido engañados, las cosas se habrían hecho causando muchas muertes inocentes que…

—¡Eres un maldito traidor! —aulló Bulba Khan—. ¡Tú no eres un siberiano!

—¡Soy tan siberiano como tú, pero no quiero ser un asesino, ni conseguir que Siberia sea libre sobre un montón de muertos inocentes! ¡Quiero que entiendas que todo esto no ha sido más que un sueño que nos ha metido en él corazón ese maldito Kio Tsu!

—¡No es ningún sueño! ¡Y yo voy a seguir adelante con los planes tal como han sido preparados!

—Bulba —tembló la voz de Turjik—… Bulba, no me obligues a disparar contra ti. ¡No me obligues! Sal de la camioneta, y Henrietta nos ayudará a regresar a Siberia… Aléjate de esos mandos, no toques nada…, y todo terminará bien. Te lo suplico, Bulba.

Una sonrisa despectiva apareció en el redondo rostro del gigante siberiano.

—No te atreverás a disparar contra mí —dijo.

Se volvió hacia los mandos, tendió las manos hacia ellos…, y Turjik Shado disparó. La caída del gigante resonó fuertemente en el interior de la camioneta.

—Mantén a raya a Otoj y Kenyi —murmuró Henrietta Palmer—. Yo voy a conducir la camioneta hasta la embajada, y desde allí os ayudaremos en todo lo que sea necesario. Lo siento, Turjik.

Éste volvió los ojos hacia ella.

Y Brigitte Baby Montfort vio las gruesas lágrimas que se deslizaban por las viriles mejillas del siberiano.

Había sido muy duro soñar en Siberia.

FIN

Notas

[1] Véanse respectivamente las aventuras tituladas *Su Majestad Baby* y *Brigitte for President!!!* <<